

Lou Carrigan

JUEGO LIMPIO


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

JUEGO LIMPIO

Colección LA HUELLA n.° 47
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 29896-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: septiembre, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Los dos hombres salieron del aeropuerto de Niza hacia la explanada de aparcamiento. Uno de ellos era moreno, de estatura poco más que mediana. El otro era pelirrojo, alto, atlético, pecoso. Ambos vestían frescos trajes blancos y corbata adecuada al traje y, sobre todo, al intenso calor. Se adivinaba el esfuerzo voluntarioso por llevar aquellas ropas en lugar de otras más cómodas.

El más bajo era el único que llevaba equipaje, si así podía llamarse a la bolsa de «Alitalia». Sólo eso. Un hombre de aspecto atractivo y varonil, con su curtido rostro y las pinceladas blancas de sus canas en las sienes.

El más alto parecía más desenvuelto, más ágil y, evidentemente, su humor era más asequible que el de su compañero.

Los dos se detuvieron cuando de un taxi que mostraba la indicación de «reservado» se apeó el chófer y preguntó secamente:

—¿Taxi?

—No —rechazó el más bajo de los recién llegados.

—¿Y por qué no? —insistió el chófer.

Las cosas comenzaron a cambiar entonces. El hombre que llevaba la bolsa de «Alitalia» la dejó en el suelo, sacó un paquete de «Camel» y encendió un cigarrillo.

Luego, preguntó:

—¿Hay algún motivo especial para que aceptemos su taxi?

—Depende, señor…

—¿Por ejemplo…?

—Servicio Especial de Canje, operación «Juego Limpio», julio del corriente año. Canje: Niza.

El hombre de las canas en las sienes miró atentamente al chófer que aducía tan extraordinarios argumentos para alquilar su coche.

Quizá tendría treinta años, era rubio, medía algo más de seis pies y tenía la barbilla más sólida que pudiera desearse. Ancho de hombros, esbelto, fino de caderas. Sus ojos eran dos puntos negrísimos en el tostado rostro.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el canoso viajero.

—¿Aquí, en Niza?

—Claro.

—Marcel.

—Ya. Y…, ¿fuera de Niza?

—Depende. Pero puede llamarme Joe C. Douglas.

—Tomaré su taxi.

—Bien.

El taxista llamado Marcel, en Niza, abrió la puerta y los dos hombres entraron en el coche. Luego, Marcel pasó ante el volante.

Y entonces le tocó preguntar a él, mientras encendía un «gitanes».

—Y su nombre, ¿cuál es? —susurró, echando humo abundante.

—Johnny.

—Ése es falso, ¿no?

—Cierto —sonrió el falso Johnny—. Bueno, el verdadero es Milton Lehman. ¿Le gusta más?

—¡Claro que sí! ¿Cómo se llama su amigo?

Milton Lehman sonrió otra vez.

—Parel Masaryk —aclaró—. Es un espía ruso, Joe.

Marcel se volvió, y estuvo mirando a Lehman y a Masaryk unos segundos atentamente.

—¡Okay! —murmuró—. A ver si todo está claro: usted se llama Milton Lehman y su amigo pelirrojo es un espía ruso llamado Parel Masaryk. Yo me hago llamar Marcel, en Niza; pero mi verdadero nombre es Joe C. Douglas. ¿Correcto?

—Correcto.

—Muy bien. Ahora, Lehman, veamos su documentación auténtica.

Milton Lehman abrió su bolsa de viaje aéreo y buscó en su interior, hasta encontrar un delgado estuche de plástico. Lo sacó y lo entregó a Marcel. Éste le echó un vistazo, así como a la placa que contenía el estuche.

Lo devolvió todo, sonriendo.

—¿Está contento de trabajar para el
F. B. I.,
Lehman?

—Algunas veces, no.

—¡De acuerdo! —rió el falso Marcel—. Bueno, creo que voy a llevarles al lugar convenido.

—¿Hay alguna dificultad?

—Ninguna. Hasta el momento, parece que los rusos quieren jugar limpio. —Joe miró a Parel Masaryk, y deslizó—: ¿No le parece esto extraño, Masaryk?

—No.

—¡Vaya…! Espero no haberle disgustado. De todos modos, voy a insistir en que cualquier intento de juego sucio resultará fatal para usted.

—Lo sé.

Joe C. Douglas miró a Milton Lehman.

—¿Qué tal se ha portado Masaryk durante el viaje, Lehman?

—Bien. Asombrosamente bien. Naturalmente, es listo. Sabe que el buen comportamiento es la base para su canje por nuestro compañero del
F. B. I.,
Dennis Carroll. En cambio, el intento de escapar o cualquier tontería semejante sólo va a proporcionarle la muerte. ¿Está hecho ya el contacto, Joe?

—Así es. Bueno…, iremos a que la enviada rusa identifique a Parel Masaryk. Los rusos son tan desconfiados como nosotros. Quieren estar seguros de que les devolveremos a Masaryk, no a cualquier desdichado.

—Claro… ¿Es una mujer el agente identificador de Masaryk?

—Una hermosa mujer, Lehman.

—Entonces, corramos a conocerla.

—¡Okay!

Joe C. Douglas puso en marcha el taxi, alejándose del aeropuerto. A la izquierda y arriba iba quedando la Colime de la Lanterne. Entraron en Niza por Promenade des Anglais, pero en seguida tomaron el Boulevard Gambetta, para desviarse después por el de Víctor Hugo. Dos calles después volvían a rodar hacia el Norte, hasta que, finalmente, el taxi se detuvo en un punto de la

Rué des Fleurs. Exactamente ante el número diecinueve. Era una casita pequeña, con jardín, bastante vieja, pero agradable con sus pespuntes rojos y amarillos de abundantes flores. Había una cancela de hierro, cerrada entonces. Y un surtidor en el centro del pequeño patio.

—Vaya —comentó Milton Lehman—… No se vive mal aquí, Joe.

—Desde luego que no. El día que me llamen allá van a darme un pequeño disgusto.

—¿Pequeño?

—Bueno, un disgusto simplemente. Vamos allá. La llave, Lehman.

La tiró hacia atrás, a las manos de Lehman. Éste la recogió al vuelo y tendió su bolsa a Douglas, que se apeó y abrió la portezuela trasera, con la mano metida en un bolsillo del pantalón.

—Abajo, Masaryk.

Parel Masaryk se apeó entonces, seguido de Lehman, que se dirigió directamente a la cancela y la abrió con la llave que le había proporcionado Joe C. Douglas. Los tres hombres entraron en el patio con surtidor, y se dirigieron hacia la puerta de la casa. Ésta se abrió cuando todavía Lehman estaba a un par de yardas de ella. Se volvió y miró a Douglas, que asintió con un gesto.

Segundos después los tres estaban dentro de la casa. Había un hombre junto a la puerta; llevaba unas imponentes gafas de sol, y su cabello era rubio paja… Tan rubio paja que a una milla se adivinaba que era una peluca; también el espeso bigote era postizo.

Parel Masaryk sonrió levemente ante aquel exceso de precauciones…, que, por otra parte, estaban justificadas, ya que en cuanto a él le canjeasen por el hombre del F. B. I., prisionero de sus compatriotas rusos por entonces, lo primero que harían sería pedirle información facial de los hombres a los cuales había ido conociendo durante su recorrido hacia el canje.

—¿Todo bien, Joe? —preguntó el de la peluca rubia.

—Todo. ¿Y ella?

—Está esperando.

—Bien. Vengan conmigo.

El vestíbulo de aquella casa no era demasiado grande. Había un pasillo al fondo, y en el otro extremo no se veía puerta alguna, sino

parte del jardín de la parte posterior de la casa.

Joe C. Douglas se metió en aquel pasillo y caminó por él, seguido por Lehman, Masaryk y el de la peluca, hasta llegar a la última puerta de la izquierda, la más cercana a la salida al jardín posterior.

La abrió bruscamente y se apartó.

—Pase, Masaryk.

Parel Masaryk entró en aquella habitación. Los tres hombres que le custodiaban lo hicieron tras él. El de la peluca cerró la puerta.

Había otro hombre con peluca junto al ventanal que daba al jardín. Un ventanal amplio, rodeado de flores. Había unas cortinas listadas en verde y rojo en el ventanal. Dos grandes tiestos, un diván, una mesa redonda, una lámpara de pie, un mueble-bar, un par de sillones y tres sillas. El sol daba en el jardín, pero hasta la tarde no entraría en aquella habitación.

Había una mujer en el diván.

Una mujer de cabellos negrísimos y ojos del mismo color. Su piel tenía una tonalidad pálida, como marfil. Era muy hermosa, esbelta, de cuello largo y gallardo, cintura estrechísima y senos firmes, finos, erguidos. Vestía unos «*shorts*» blancos y un jersey azul cielo, de hilo, ceñido con discreción, de modo que el sugestivo busto se convertía en una maravilla.

Ella se puso en pie apenas apareció Parel Masaryk. Apenas debían faltarle tres pulgadas para los seis pies, y Milton Lehman se mordió los labios para evitar un comentario sobre su hermosura indiscutible.

La mujer había estado fumando, pero dejó caer el cigarrillo en el cenicero; dio la impresión de que, súbitamente, había perdido la mayor parte de sus fuerzas, de que apenas se podía mantener en pie.

—Parel… —musitó.

Parel Masaryk había palidecido, echando así por tierra en un segundo toda su fama de hombre frío, sereno, inmutable. Se pasó la lengua por los labios…

—Irina…

Ella se adelantó hacia él lentamente. Se detuvo cuando sus senos casi rozaban el duro pecho atlético del espía ruso. Estuvo mirándole fijamente, en silencio, durante una eternidad de tiempo. De pronto

alzó los brazos hasta el cuello del hombre y se apretó de un modo casi histérico contra Parel Masaryk, besándole ansiosamente los labios, la barbilla…

—¡Parel…, estás… estás aquí…!

Los cuatro hombres del
F. B. I.
que contemplaban la escena tuvieron el gustazo de contemplar a un espía ruso dejándose llevar por sus sentimientos. Las manos de Masaryk apretaron la cintura de la mujer, casi temblando; una de ellas subió hacia la nuca, muy apretada por la espalda; y ya en la nuca, apretó con fuerza para que los labios de la mujer se aplastaran con más fuerza contra los suyos.

Joe C. Douglas miró a sus compañeros con peluca y les hizo una seña hacia la puerta. Los dos salieron de la habitación. Milton Lehman se sentó en el diván, encendió un cigarrillo y tiró el paquete a las manos de Douglas, que encendió otro y se volvió de cara al jardín.

Estuvo fumando unos segundos, en silencio, como pensativo. Luego se volvió hacia la pareja, que continuaban besándose con desesperación.

—Ya está bien —masculló Joe—… ¿Es él, señora Masaryk?

Irina Masaryk sonrió temblorosamente.

—¡Oh, sí, es él…! ¡Es Parel…!

—De acuerdo. Ya lo ha identificado. Ahora, puede marcharse.

—¿Va…?

—Ya. Ha cumplido su parte de trabajo en este asunto, de manera que nada más tiene que hacer aquí.

—Pero…

—Señora Masaryk, ¿es o no es ese hombre Parel Masaryk?

—Ya le he dicho que sí…

—Correcto. Entonces, vaya a comunicarlo a sus amigos. Ya ve que nosotros estamos jugando limpio. Si intentásemos un engaño, usted nos descubriría, ya que nadie podría engañarla haciéndola creer que Parel Masaryk era cualquier otro hombre. Sentado, pues, que tenemos a su marido aquí, en Niza, listo para el canje, vaya a comunicarlo a quien corresponda. Por supuesto, en el momento del canje definitivo usted estará presente, de manera que todos estén convencidos de que les devolveremos a Parel Masaryk.

—¿No puedo… quedarme unos minutos más?

—Lo lamento… ¡Pete!

La puerta se abrió inmediatamente, y el de la peluca rubia y los enormes lentes de sol apareció en el umbral. Era obvio que habían estado escuchando.

—¿Y…?

—Llévatela. La dejas en el cruce de la carretera a La Turbie, y ya no vengas aquí, sino adonde ya sabes. Este punto queda eliminado completamente para nosotros. Como supongo que la señora Masaryk tomará buena nota de la matrícula del taxi que hemos utilizado, tendremos que deshacernos de él. Irás con él hacia Villefranche y Beaulieu; tíralo al mar en el punto más conveniente.

—Bien. ¿Cómo regreso?

—En «auto-*stop*», si te es posible. Vale.

—Hasta luego.

El llamado Pete se marchó. En el umbral quedó el otro agente del F. B. I., no menos fachoso con su peluca, bigote y lentes de sol.

—¿Y yo? —preguntó.

—Adelántate y espéranos en el siguiente punto… ¿Qué es lo que está esperando, señora Masaryk? Ya debía haber salido de aquí con Pete. Haga el favor de ir con él… Acompáñala, Rob.

—Bueno.

Irina Masaryk se abrazó de nuevo al espía ruso, que susurró unas palabras en este idioma junto al oído de la mujer.

—Masaryk —restalló secamente la voz de Joe Douglas—, quiero advertirle que hablo el ruso tan bien como usted mi lengua. Deje de murmurar o tendrá que lamentarlo.

—Sólo le decía…

—Lo he entendido perfectamente. Mi oído es fino. Pero no siempre puedo adivinar cuándo hay clave en una conversación aparentemente normal. Cállense los dos. Si quieren besarse, háganlo; pero no hablen. Tendrán tiempo para todo después del canje.

Irina y Parel Masaryk se besaron con fuerza, apasionadamente. Luego, la mujer salió de la habitación, acompañada por Rob, que la llevaba hacia donde Pete esperaba, ya en el taxi.

Parel Masaryk se dejó caer en el diván, pasándose la mano por los ojos.

—¿Emocionado? —sonrió, sarcástico, Joe Douglas.

El ruso lo miró fijamente, helados sus ojos de extraño tono verdoso.

—Sólo lo indispensable —contestó secamente.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias. Ni siquiera eso me han permitido llevar en los bolsillos.

—Tendrá que perdonarnos.

Parel Masaryk encendió el cigarrillo que le ofrecía Douglas. Luego, quedó pensativo, siempre bajo la atenta mirada del agente especial del F. B. I., en misión volante por Europa.

—Es mejor que no se entretenga, Masaryk; saldremos de aquí en seguida.

Masaryk chupó ávidamente del cigarrillo.

—¿Cómo ocurrirá todo? —preguntó.

—Seguramente, en el mar.

—Pero…, ¿cómo?

—Su esposa va a alojarse esta tarde en un hotel de Niza. Por la mañana, irá a la playa. Es una buena nadadora, de modo que se irá playa adentro. Como es natural, se cruzará con algunas embarcaciones de diversos tipos. Una de esas embarcaciones la reconocerá por su «maillot» rojo y una cinta del mismo color sujetando los cabellos; la recogerá.

—¿Seremos nosotros?

—Así es.

—¿Han entrado en contacto con ella del mismo modo?

—Exactamente. Ambas partes hemos comprendido que en el mar es muy difícil seguir a nadie… Si está pensando en un hombre-rana, olvídelo. Jamás podrá seguir a la embarcación que utilizamos.

—¿Qué más pasará?

—Su esposa nos llevará a determinado punto, en alta mar ya. Allá habrá un yate esperando, y en ese yate estará nuestro compañero Dennis Carroll. Usted y él saltarán al agua. Usted nadará hacia el yate y Dennis Carroll hacia nuestra embarcación. Cuando

Carroll sea recogido por nosotros, su esposa se reunirá con usted, Masaryk. Luego, cada embarcación se irá por su lado.

Hubo una leve crispación en el rostro del espía ruso.

—¿Cómo sé que, efectivamente, soltarán a Irina?

—Se lo voy a decir: tiene mi palabra. Ya sé que no le parece gran cosa, Masaryk; pero tenga en cuenta que su esposa no nos interesa tanto como para organizar una jugada sucia. Es muy bonita, pero comprenda: caso de estar nosotros tramando algo sucio, le preferimos a usted.

Masaryk contemplaba pensativamente la irónica sonrisa de Joe Douglas mientras pronunciaba las últimas palabras.

—¿Qué hay de las embarcaciones? Más adelante pueden servir para localizarnos unos a otros…

—¡Oh, vamos, Masaryk…!

—Claro… Supongo que tanto la de mis amigos como la de usted serán alquiladas, bajo nombres falsos y demás, y que toda pista quedará cortada.

—Por supuesto. Bien, tenemos que marcharnos ya. No va a tener más remedio que disfrutar de nuestra compañía durante veinticuatro horas más, Masaryk.

—¿Hago algún comentario adecuado, o me callo? —sonrió duramente el ruso.

—Es mejor que se calle —rió Douglas—; no veo por qué tenemos que hacer de esto una cuestión de antipatía personal. Tenga en cuenta que nuestro compañero Carroll está, a su vez, soportando a los amigos de usted. Bueno, larguémonos de aquí. Mañana, si todo va bien, habremos liquidado este asunto…

CAPÍTULO II

El siguiente punto de asentamiento era una villa en Mont Boron, a la cual llegaron por Mayenne Carniche. La villa estaba enclavada de cara al mar, bien asentada en una parte de terreno llano. Había claveles y margaritas, y estaba rodeada de pinos de un verde oscuro, intenso. Desde allí se veían otras villas en diversos puntos de la montaña cuajada de pinos.

—Precioso hotelito —comentó Lehman.

Joe Douglas lo miró por el retrovisor.

—¿Le gustaría quedarse una temporada en Niza, Lehman? —sonrió.

—¿A quién no?

—A Masaryk, por ejemplo… ¿O quizá sí, Masaryk?

El espía ruso no contestó. Lo hizo Lehman por él:

—Lo único que le interesa ahora a Masaryk, Joe, es regresar a Rusia. Tú y yo tenemos que comprenderlo…

—Por supuesto, Milton. Esto… Bueno, tienes razón; será mejor que nos tuteemos. Abajo, Masaryk.

El ruso obedeció al instante. Se portaba obedientemente en todo momento, y no protestaba por nada, si bien era cierto que no le daban motivos para protestar. Aquélla era una situación delicada, y quizá por eso, Parel Masaryk, a pesar de tener un rostro de apariencia más amable que Milton, se atenía a un comportamiento algo seco. Estaba preocupado, hasta cierto punto. Sabía que el canje habría resultado más tranquilizador para él si se hubiese proyectado en la línea divisoria de Berlín. Pero los norteamericanos estaban ya escocidos de los «arreglos» en aquel punto y habían exigido un lugar más intermedio entre Estados Unidos y Rusia. Lo más sorprendente de todo no era esto, sino el hecho de que los rusos

hubiesen aceptado inmediatamente hacer el canje en las condiciones propuestas por los americanos, precisamente en Niza y no en otra ciudad más cercana a Rusia y satélites. Masaryk tenía idea de que había habido ciertos forcejeos a este respecto. Y llegó a la conclusión de que en Rusia se le estimaba lo suficiente para correr ciertos riesgos.

Éste era un pensamiento agradable. Otro pensamiento agradable era la presencia de Irina en Niza. Desde el mismo momento en que se alejase de los americanos, Irina y él estarían juntos, lo cual no dejaba de ser una atención. Por otra parte, ciertamente, nadie podría engañar a Irina respecto a su personalidad. Siempre era mejor esto que enviar otro espía, que, aunque le conociese y no precisase fotos, quedaría ya al pairo para el resto de sus días, pues los del
F. B. I.
le habrían fichado en el acto.

Y, sin embargo, Parel Masaryk sabía que algo no estaba demasiado claro allí.

Mientras se apeaba, miró rápidamente a Joe Douglas. Poco importaba que este nombre, igual que el de Milton Lehman, fuesen o no falsos, ya que conocía sus rostros. Esto significaba, por supuesto, que, tal como le iba a ocurrir a él en Rusia, los dos federales serían retirados de la circulación directamente activa, y su labor pasaría a ser de las llamadas sordas, de montaje.

—No piense tanto, Masaryk —musitó Douglas, mirándolo fijamente—. Todo saldrá bien, a gusto de todos. Camine, por favor.

Masaryk y Lehman fueron hacia la verja. Lehman la abrió y Joe pasó a los terrenos de la villa con el coche, conduciéndolo por el sendero de grava hacia un pequeño garaje, mirando por el retrovisor a los dos hombres. Lehman estaba cerrando la verja.

Rob apareció en la puerta de la villa, en «*slip*» y con un vaso en la mano. Los tres convergieron ante él.

—¿Alguien quiere un *whisky*? —sonrió Rob.

Resultaba, ciertamente, una visión sorpresa, con sus grandes gafas negras, el bigote y la peluca, y en «sIip».

—Todos beberemos algo —aceptó Lehman.

—¿Masaryk también?

—Si no quiere, él se lo pierde. ¿Qué dice, Masary?

—Beberé lo que sea —respondió, distraído, el ruso.

Estaba estudiando la casa, mirando los alrededores, la curva de la cercana carretera, buscando puntos de referencia. Las palabras de Joe Douglas casi le hicieron respingar:

—Olvídelo, Masaryk —rió Joe—: si sus compañeros viniesen más adelante a esta villa, iban a llevarse una sorpresa. Pertenece a un francés, y la alquiló hace una semana a la primera bailarina de un «*ballet*» ruso en gira por Europa. Ella se llama Kira Romanoff, y está ahora actuando en París, por una semana. Nos hemos permitido subarrendarla por nuestra propia cuenta. Claro que no estaremos aquí más que unas veinte horas… Y le aseguro que no vamos a estropear nada. Nos permitimos indicarle que no somos tontos. A ver ese trago, Rob.

—Lo has dejado frío —rió Rob.

—¡Oh, no! Él ya debía suponer que no íbamos a alquilar nosotros una villa, una casa, etcétera, y dejar toda una serie de nombres, rastros y enlaces detrás nuestro. ¿No es cierto, Masaryk?

Éste replicó secamente:

—No es necesario que se esfuercen más en demostrarme lo listos que son.

Los tres americanos rieron.

Entraron todos en la villa. Era casi lujosa, con muebles modernos, grandes ventanales y un amplísimo «*living*» o saloncito…, más bien salón, que daba a una terraza encarada al mar.

—Puedes ducharte, Milton —sugirió Joe—. Te prometemos reservarte tu parte de *whisky*. Supongo que no dejarás la villa llena de huellas.

—Lo procuraré —sonrió Lehman—. Y la mejor manera de conseguirlo es no tocar más que lo imprescindible. Pospondré la ducha para mejor ocasión. ¿No hay piscina?

—Pequeñita.

Rob regresó de la cocina con una bandeja llena de bocadillos.

—Me fastidia que esa Kira Romanoff haya dado vacaciones al servicio. El pan es duro. Menos mal que el frigorífico está bien surtido. ¿Jamón, queso, salchichas…?

—Lo probaremos todo.

Entre los cuatro dieron cuenta de los bocadillos en menos de veinte minutos.

Lehman se repantigó luego en un sillón, con el cigarrillo colgando de los labios. De pronto, se puso en pie de un salto.

—¡Hey…! ¡Dejé la bolsa en el coche!

Joe gruñó algo, retirando la mano derecha del interior de la chaqueta, adonde la había llevado rápidamente.

—Tómate la cosa con más calma, Milton.

—Hay cosas importantes en esa bolsa.

—Bueno, pues ve al garaje y recógela. Y tú, Rob, vístete inmediatamente y ten la pistola a mano. No hemos de ponernos nerviosos, pero tampoco hay que tomarse las cosas con demasiada calma; sólo la justa.

Milton Lehman salió de la casa. Mientras, Rob se vestía rápidamente, en una punta del «*living*». Masaryk permanecía sentado, un tanto rígido. Afuera, el silencio era absoluto y el sol tenía una potencia que haría desistir a cualquiera de salir de la casa.

Pero no a Joe Douglas.

Miró su reloj y comentó:

—Más que una bolsa, debe ser un baúl. Está tardando demasiado.

—Ya volverá.

Douglas miró a Rob, frunció el ceño, se puso en pie, haciendo un gesto de advertencia a Rob, relacionado con el ruso, y se dirigió hacia la terraza. Salió a ésta y miró hacia el garaje. Rob le vio saltar la baranda de la terraza, apoyando en ella una sola mano. Se encogió de hombros y dedicó toda su atención a Masaryk.

Joe fue hacia el garaje, llamando desganadamente:

—Milton, ¿qué pasa? ¿No encuentras esa bolsa? Si tienes sueño, hay en la villa unas camas muy confortables. Una siesta te sentará estupend… ¡Mllton!

Joe había llegado a la puerta del garaje y exclamó el nombre de su compañero al verlo tendido en el suelo, junto al coche, con la cabeza llena de sangre.

Se abalanzó hacia él, hincó una rodilla en tierra y, mientras con la mano izquierda alzaba la cabeza de Lehman, la derecha había sacado ya la pistola y su mirada recorría velozmente el garaje.

Oyó las pisadas en la puerta de ésta antes de que su vista hubiese llegado allí. Se volvió a toda prisa, apercibiendo la pistola y dejándose caer hacia un lado.

Y todo lo que vio fue una estupenda pantorrilla femenina y un zapato de tacón alto, ya en el exterior, a la derecha de la puerta. Se puso en pie como si le hubiesen disparado desde el interior de un cañón, y apareció afuera cuando la mujer todavía no había conseguido doblar la esquina del garaje. Era absurdo hacer advertencias o gritar amenazas de muerte. Todo lo más que podía conseguir era poner nervioso a Rob y que la vigilancia sobre Parel Masaryk perdiese efectividad.

Echó a correr, dobló la esquina y vio a la mujer a menos de seis yardas de él. La persiguió solamente con tres zancadas rapidísimas. Luego, saltó con todo el ímpetu de la corta carrera. Sus manos, la derecha todavía con la pistola, pasaron por los costados de la mujer, llegaron al vientre, se apretaron allí… y los dos rodaron sobre la hierba.

En un Instante, la situación quedó claramente definida: Joe se colocó encima de la mujer, que yacía boca abajo entre sus rodillas, y le colocó la pistola en la nuca.

—¡No se mueva! —mascülló.

Ella obedeció. Quedó absolutamente quieta, pero respirando agitadamente todavía. Joe vio su blanca nuca, pues los cortos cabellos rublos se habían separado hacia los lados; ella había quedado con una mano bajo el cuerpo y la otra tendida hacia adelante, resaltando blanca y bonita sobre la hierba.

Sin ningún embarazo, Joe pasó la mano por toda la parte posterior del cuerpo de la mujer, tras colocarse de rodillas a un lado.

—Vuélvase cara al cielo, nena. Pero despacio. Y coloque las manos bajo su lindo asiento.

Ella se volvió, obedeciendo en todo. Entonces, Joe Douglas vio unos cegadores ojos azules, una boquita sonrosada y temblorosa, una frente amplia, serena, y una barbilla redonda, suave, con un hoyuelo en el centro. Era una preciosa muchacha, pero lo cierto estaba en que Mllton Lehman yacía en el garaje con la cabeza ensangrentada.

Con toda naturalidad, Joe pasó sus manos ahora por la parte anterior del cuerpo de la muchacha, sin dejar un solo rincón. No había armas. La muchacha llevaba una suavísima blusa de tergal, roja, y una falda blanca, ceñida, que se había subido hasta la mitad

de los muslos, en la caída. Se mordió los labios cuando Joe la registró tan a conciencia, y enrojeció, pero no dijo nada.

—Correcto, nena: póngase en pie.

—Yo… yo… le conozco…

—¿A mí?

—S-sí, señor… Y al señor Lehman…

—¡Oh, seguro, seguro…! Vamos a ver qué le has hecho… y con qué, ya que no llevas armas.

—¡No he sido yo! Fue aquel hombre…

—¿Qué hombre, nena?

—Se… se marchó por allí… Yo soy… Nancy Carroll.

Joe Douglas ladeó bruscamente la cabeza y su mirada se posó fríamente en lo más profundo de los ojos de la muchacha. Luego, miró hacia donde ella había señalado. No había nadie, por supuesto. Dando crédito a lo que ella decía, cualquier hombre que hubiese corrido hacia la verja tenía tiempo de estar ya lejos del alcance del
«G-man».

—¿Carroll? ¿Tiene algo que ver con un tal Dennis Carroll?

—Soy su… su hermana.

Joe frunció el ceño.

—Pues tanto gusto —sonrió sombríamente—. Vamos, en pie.

Primero lo hizo él. Luego tiró hacia arriba de un brazo de la muchacha con no muy buenas maneras.

—Camine hacia el garaje, nena. Y le voy a meter una bala en los riñones si intenta alguna tontería.

Entraron en el garaje. Lehman continuaba tendido en el suelo. Desde allí era patente la intensa palidez de su rostro, con lo cual la sangre resaltaba más. Joe empujó a la muchacha hacia el coche que sustituía al taxi que se había llevado Pete hacia Villefranche y Beaulieu, con Irina Masaryk.

—Venga aquí. Eso es, los pies aquí. Échese hacia adelante y apoye las manos en el parachoques.

—Es una postura…

—¡Hágalo!

La muchacha obedeció. Quedó con los pies a una yarda del coche, y, para que sus manos llegasen al parachoques, tuvo que adoptar una postura no sólo incómoda, sino precaria.

—Eso es. No se mueva ahora. En cuanto lo intente, disparo.

Entonces, Joe se dedicó con más atención a Milton Lehman. Éste tenía dos terribles cortes en la cabeza, uno en la frente y otro en la parte posterior, por encima del occipital. Para explicarlo lisa y llanamente, no había mejor modo de hacerlo que decir que le habían roto la cabeza. Pero viviría, seguramente. La sangre es muy espectacular, alarmante; pero allí no implicaba peligro de muerte.

Joe miró a su alrededor más detenidamente entonces. Por debajo del coche aparecía la punta de una herramienta. Se inclinó un poco más y vio que era una llave inglesa, completamente manchada de sangre. No la tocó.

Tampoco tocó la billetera que descubrió seguidamente junto a la rueda delantera izquierda. Estaba abierta, mostrando la tarjeta identificativa de Milton Lehman como ciudadano particular, proporcionada sin duda para aquel viaje a Niza. No quedaba, según parecía, ni un solo billete en la cartera.

¿Robo?

—Se puso en pie.

—Me… me voy a… a caer…

—Aguante un poco más, nena. Sea valiente.

—No… no podré resistir.

—Muévase y verá el balazo que le meto en el ombligo.

La muchacha empezaba a sudar. Se mordió los labios y ya no insistió. Joe miró dentro del coche. Allí estaba la bolsa de «Alitalia», abierta y tirada de cualquier manera en una punta del asiento. A los pies de éste estaban la placa y la tarjeta del F. B. L de Milton Lehman. También había unas fotos, tamaño cuatro por tres pulgadas; un encendedor; dos cargadores de pistola llenos, y una pequeña libreta de notas, de tapas verdes. Y algo que casi obligó a Joe Douglas a sonreír: cuatro pares de calcetines enrollados cuidadosamente. La idea de que a Lehman le sudaban los pies le hizo recordar que todos eran, simplemente, humanos.

Se volvió.

—Está bien, venga aquí, nena.

La muchacha casi se cayó al moverse para enderezarse. Joe se acercó a ella y la ayudó. El sudor brotaba ya declaradamente de la frente de la muchacha. Joe le dio una palmadita en una cadera, notando la sugestiva vibración de una carne dura y elástica.

—Correcto, preciosa. Póngase ahí y no se mueva. ¿Todo esto lo hizo usted?

—¡No!

—¿Lo hizo… el hombre que vio?

—No lo sé… Claro.

—Conque claro, ¿eh? Vamos a la casa. Quiero presentarle a unos amigos.

—Pero… el señor Lehman…

—Yo dirijo esto. Mueva los zapatitos, Linda.

Salieron del garaje y entraron en la casa por la terraza. Rob se puso en pie de un salto al ver a la muchacha.

—¡Hey…! ¿Qué es esto?

—Un elefante blanco —gruñó Joe. Empujó rudamente a la muchacha hacia el espía ruso, y preguntó—: ¿La conoce, Masaryk?

Parel Masaryk parecía perplejo.

—No.

—Muy bien. Vengan todos conmigo… ¿Cuál es mi nombre, nena?

—¡Oh, no lo sé…!

—¿No lo sabe? —Joe adelantó amenazadoramente hacia ella—. Antes dijo que me conocía.

—Yo… yo le vi con el señor Lehman en el aeropuerto, y luego les… les he estado siguiendo…

—¿Qué me dice? —rechinó Joe—. Es usted muy lista, ¿no? Está bien, luego charlaremos sobre esto. ¡Venga, todos afuera!

Fueron al garaje. Rob quiso correr hacia Lehman al verlo tendido en el suelo y ensangrentado, pero Joe le contuvo con un gesto, y se dedicó a recogerlo todo cuidadosamente, metiendo en un pañuelo extendido en el asiento lo que podía conservar huellas dactilares. Por fin, recogió la bolsa con los calcetines dentro.

—¿Tendrá inconveniente en ayudarnos, Masaryk? —preguntó.

—¿Qué debo hacer?

—Ayude a Rob a llevar a nuestro amigo a la casa.

—Está bien.

—Gracias.

* * *

Joe vio la pequeña mancha de sangre en la parte alta de la verja

y cabeceó en sentido afirmativo.

—Muy bien, nena; veamos si lo entendí bien: usted estuvo hace días en la Delegación del
F. B. I.,
en Washington, interesándose por su hermano. Le dijeron que Lehman iba a encargarse de todo, y, entonces, usted habló con él, ya que Lehman es amigo de ustedes, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Entonces, usted supo cuándo iba a salir Lehman hacia Niza y tomó el avión anterior. Le esperó en el aeropuerto, nos vio en el taxi y nos siguió.

—Yo… yo ya había alquilado un coche apenas llegar a Niza…

—Ya sé, ya sé… Nos vio entrar en la casa de la Rué des Fleurs, pero allá no encontró la manera de entrar. Luego, como además salimos relativamente pronto, continuó siguiéndonos. Y aquí, en esta villa, sí pudo entrar. Eee… usted creía que su hermano ya estaba aquí o tonterías de ese estilo, ¿no?

—Sí… Sí, señor…

—Y cuando usted caminaba hacia la casa, vio a un hombre saltar la verja y meterse en el garaje. Casi en seguida, antes de que se le ocurriese lo que debía hacer, vio a Milton Lehman salir de la casa y dirigirse también al garaje. ¿Correcto?

—Sí…

—Si tan amigos personales son…, ¿por qué no le llamó?

—Creí… creí…

—Ya sé, ya… Creyó que allá tenía que resolverse algo importante, y esperó a ver qué pasaba. Poco después vio salir corriendo a un hombre corriente, vestido con jersey blanco y pantalones azules. Entonces corrió al garaje y encontró a Milton tendido en el suelo. Cuando iba a salir del garaje, oyó mis pasos y se ocultó, creyendo que quizá iban a hacerle a usted lo mismo que a Lehman. Luego, intentó escapar y yo la alcancé.

—A-así ocurrió…, sí, señor…

—Me llamo Joe, a secas. Y usted es idiota, nena.

—Usted… ¡Usted no puede tratarme…!

—¡Cierre ya ese pico de cotorra! ¿A qué lindo juego cree que estamos dedicados?

—No… no entiendo…

—Atienda, preciosa: en Washington se molestan en procurar documentación falsa a un espía ruso y a Lehman, para que lleguen a Niza en un momento en que sólo yo conozco, y usted, con la inteligencia de una pulga, toma el día antes el avión hacia aquí con toda tranquilidad, como si acudiese a un «party». ¿Sabe lo que ha ocurrido? Pues que en las listas de pasajeros han visto su nombre y la han encontrado en Niza los rusos. ¿Sabe qué más ha ocurrido? ¡Pues que la han seguido y que saben dónde estamos nosotros ahora! Ya han visto a Masaryk, al cual conocen. Ahora nos tienen localizados. ¡Maldita sea su estampa, nena! ¡Estamos movilizados una docena de hombres para devolver a su hermano a los Estados Unidos, y llega usted y lo echa todo a rodar! ¿Lo ha entendido bien? ¿Sabe ahora por qué la he llamado idiota?

Nancy Carroll se mordió los labios, pálida.

—Lo… lo siento.

—¿De veras? Bueno, sepa otra cosa: si su hermano no vuelve a casita, la culpa sólo será de una persona.

—¿Será… mía?

—Vaya, de pronto se me vuelve lista. ¡Sí, será suya! Ya no me gusta nada este asunto del canje, ni lo de llamarlo operación «Juego Limpio». ¡No creo ya en esa limpieza!

—Pe… pero… usted no sabe si esos… esos hombres realmente nos tienen localizados…

—¿Otra vez se vuelve tonta, nena? ¿Quién se ha creído que era el hombre que usted vio?

—Pues…, no sé… ¡Quizás era un ladrón!

Joe C. Douglas abrió la boca, dispuesto a soltar la gran carcajada; pero, en el acto, recordó que no se habían llevado de las pertenencias de Milton Lehman nada más que el dinero que lógicamente debía tener en la billetera. A esto unió que el arma con que habían atacado a su compañero de Washington era una simple llave inglesa y no un cuchillo o una pistola con silenciador, o uno de esos pequeños juguetes montados en una pitillera y que también disparan balas. Todo había sido torpe, escandaloso, carente de la finura de un espía…

—Regresemos a la casa, nena.

—¿Era… era un ladrón?

—¿Cómo demonios quiere que yo lo sepa?

—Pu… pues al verlo pensar, yo…

—Mire, deje que sea yo quien piense, preciosa. Volvamos a la casa.

Cuando entraron en el salón, Joe se dirigió directamente hacia el diván donde yacía Milton Lehman con la cara ya limpia de sangre y unas tiras de sábana en la cabeza. Estaba muy pálido y no presentaba señales de ir a recuperar el conocimiento.

Rob musitó:

—No me gusta esto, Joe. El «*shock*» ha sido muy fuerte. Si tarda mucho en recuperarse…

—Algunos sobreviven incluso después de estar un par de días así, Rob, cálmate. Lehman es fuerte.

—Tenemos que marcharnos de aquí, Joe.

—Desde luego. Pero antes hemos de esperar a Pete.

—¿Adónde iremos?

—Al mar. No quiero recurrir a ningún punto ni contacto más. No estoy tranquilo. ¡Y no entiendo esto! ¡No me gusta ya nada esto que está pasando! Este canje se está convirtiendo en un asunto enrevesado… ¿Qué opina usted, Masaryk?

—Nada.

—No sabe nada, ¿eh?

—¿Qué quiere que sepa? Hace tiempo que sólo sé lo que ustedes me permiten que sepa, ¿no es cierto…?

—Es cierto —gruñó Joe.

Y se dejó caer en un sillón, malhumorado. Miró a la preciosa Nancy Carrol y pareció a punto de decir algo desagradable. Se contuvo, encendiendo un cigarrillo.

Hacia las siete, Pete apareció en la villa, silbando y con las manos en los bolsillos, como el hombre más despreocupado del mundo. Antes de que tuviese tiempo de alarmarse al ver a Lehman en aquel estado, Joe Douglas comenzó a dar instrucciones.

Diez minutos después la villa quedaba vacía, y el coche, con seis Ocupantes, rodaba Moyenne Corniche abajo, hacia Niza. Justo a la entrada de la dudad, en el cruce de Moyenne Corniche y el Boulevard de Riquier, Pete se apeó del coche. Durante una hora, Joe estuvo dando vueltas por la ciudad. Luego, salió de ésta por Basse Corniche, y veinte minutos después detenía el coche cerca de Cape Nice.

—Abajo todos —farfulló—. Tú, Rob, encárgate de Lehman.

—Correcto.

Descendieron todos hacia la playa por un lugar más escabroso que aquel cercano en que se veían parasoles y chicas en «bikini». Un balandro se deslizaba ya hacia aquel punto de la costa. Cuando se detuvo, una pequeña barca fue soltada al mar, y Pete llegó en ella a la roquiza costa. Entre él y Rob metieron a Lehman en la barca y se lo llevaron al balandro, así como a Nancy, dejando a Masaryk y Joe solos en la playa. Poco después. Pete regresaba, los recogía a los dos y volvía una vez más a la embarcación de vela.

Era muy poco probable que nadie los hubiese seguido.

* * *

Se veía ya la noche por la abertura de la cabina cuando Joe dejó de escribir. El balandro se mecía con cierta fuerza, y el rumor del mar llegaba hasta allí con absoluta claridad, rompiendo monótonamente el silencio de los ocupantes de la cabina.

—Rob.

—¿Qué hay?

—Dile a Pete que regresamos ya a Niza.

—Bueno.

Joe miró entonces a Nancy, que no le perdía de vista ni un segundo, como si estuviese hipnotizada.

—Venga acá, nena. Voy a enseñarle la fotografía de un hombre que pertenece al espionaje ruso. Hay que apurar las posibilidades de seguridad respecto a que el hombre que vio sea algo más que un ladrón. Véala.

Nancy se había sentado junto a él mientras Rob, después de gritarle a Pete desde la escalerilla que regresaban a Niza, volvía a su asiento.

La muchacha tomó las dos fotografías que le tendía Joe. Eran las que Milton Lehman había llevado en su bolsa de vuelo.

—¿Era éste el hombre?

Nancy Carroll tartamudeó:

—¡Pe-pero si éste es… es mi hermano!

Joe frunció el ceño.

—¿Está segura?

—¡Claro que estoy segura!

—Correcto —suspiró Joe, sonriendo amablemente—: Son las fotografías que llevaba Milton Lehman para mí, por si él no podía hacer la identificación personalmente. Bueno —estuvo mirando unos segundos una de las fotos: un hombre rubio, de mentón firme y expresión enérgica y simpática a la vez—. Ahora sólo falta lo del telegrama. Es trabajo para ti, Rob. Desembarcarás en Niza y lo cursarás por el procedimiento habitual. A toda urgencia. Te recogeremos dentro de dos horas, cerca del «Restaurant de L'lle».

—Está bien. A ver, dame eso.

Joe le tendió el papel en el cual había estado escribiendo, y Rob lo leyó sin un parpadeo de asombro. Al contrario, cuando acabó de leerlo, lo guardó, mirando de reojo a Nancy Carroll y diciendo:

—Es lo mismo que yo había pensado.

—Naturalmente. Ahora irás a cursarlo. Dentro de dos horas, nosotros volveremos al puerto, frente al «L'lle» y te recogeremos. Por la mañana irás a buscar la respuesta.

—¿Dónde pasaremos la noche?

—¿Dónde crees tú que será más difícil localizar un balandro?

Rob sonrió.

—Donde haya muchos balandros: en el puerto.

—Pues allá pasaremos la noche, románticamente, meciéndonos sobre el sereno mar de la Bahía de Los Ángeles.

CAPÍTULO III

Hacia las ocho de la mañana, Rob regresaba una vez más al muelle. Desde el balandro, lo vieron saltar a diversas embarcaciones, una tras otra, hasta llegar a la en que era esperado.

Joe C. Douglas tiró el cigarrillo que estaba fumando al agua.

—¿Y bien? —inquirió.

—Tenemos respuesta, Joe.

—Dámela.

Rob le tendió un papel, se sentó en la borda y encendió un cigarrillo. Pete estaba sentado sobre un rollo de cuerdas y Nancy Carroll y Parel Masaryk, cerca uno del otro, esperaban la decisión del «mandamás» de a bordo.

El papel decía:

> TODO CORRECTO PUNTO NANCY CARROLL TOMO PASAJE APARATO PANAM FECHA ANTERIOR SALIDA MILTON YACOMPAÑANTE PUNTO ASI CONSTA REGISTROS PANAM Y ESA ES NUESTRA CONCLUSION TRAS OPORTUNAS AVERIGUACIONES PUNTO APARTE MUCHACHA DEL ASUNTO Y ABREVIE OPERACION JUEGO LIMPIO PUNTO AMBOS CARROLL DEBERAN REGRESAR USA INMEDIATAMENTE VIA RAPIDA PUNTO EFECTIVAMENTE MILTON LLEVABA CALCETINES PUNTO TAMBIEN FOTOGRAFIAS DENNIS CARROLL PUNTO URGE SOLUCIONAR ASUNTO COMO SEA FIRMADO.

Secret WASHINGTON.

Joe Douglas leyó un par de veces más el mensaje. Luego, encendió otro cigarrillo y con la llama del mechero prendió fuego al papel, cuyas cenizas dejó caer en el agua. Estuvo fumando pensativamente como un par de minutos. Finalmente se metió en la cabina y cuando apareció llevaba solamente un «*slip*» rojo brillante.

—Todo correcto —musitó—. Ahora, Pete, llévame cerca de la playa.

—Okay.

El balandro comenzó a moverse apenas medio minuto después. No parecía, aparentemente, que la situación hubiese cambiado, pero lo mismo Rob que Pete miraban más abiertamente, con mayor simpatía, a Nancy Carroll.

Mientras el balandro se deslizaba hacia la playa más cercana, o sea, la de «Quai des Etats-Unis», Joe Douglas echó otro vistazo a Milton Lehman, el cual continuaba inconsciente. Estaba muy pálido, pero respiraba con tranquilizadora normalidad. No cabía duda de que el «*shock*» había sido tremendo. Durante la noche había abierto los ojos un par de veces, pero sin mostrar expresión definida.

Joe regresó a cubierta cuando oyó la llamada de Rob, desde la punta de la escalerilla.

—¿Avisaste lo de Lehman, Rob?

—Claro. En cuanto regresemos a Niza será atendido… ¿Quieres que le cambie otra vez los vendajes?

—No es necesario. Pero vigila su estado. Si te pareciese que empeora, cortaremos la operación.

—¡Cortar la operación! —exclamó Rob.

—La vida de Lehman es tan importante como la de Dennis Carrol. Además, los rusos esperarán un par de horas más con tal de recuperar a Masaryk. ¿Entendido?

—Claro.

—Muy bien. Hasta luego.

Se tocó la frente con un dedo, mirando a Pete, y saltó al mar. La playa estaba como a trescientas yardas, pero a las primeras brazadas Joe Douglas hizo comprender a todos que aquél era un problema insignificante para él.

* * *

La paciencia de Irina Masaryk liego a su límite.

Estaba tomando el sol en la playa, sobre una toalla listada en todos los colores imaginables que hacía resaltar su esbelto cuerpo sujeto por un «maillot» rojo. Se incorporó, se colocó la cinta del mismo color sujetando sus cabellos, y luego se puso en pie y se dirigió al mar.

Cuando se lanzó al agua, un atleta rubio, cuyo «*slip*» también era rojo, lo hizo también, a no mucha distancia de ella y a su izquierda.

Poco a poco, Irina Masaryk se fue adentrando en el mar y sólo cuando hubo sobrepasado la línea límite de los más osados nadadores, se dio cuenta de que aquel hombre estaba allí por ella. En realidad, sólo reparó entonces en él, y, de todos modos, no le hizo demasiado caso. Con toda seguridad, aquel nadador no llegaría hasta donde llegase ella, ya que no debía tener motivos para nadar tan mar adentro.

Se equivocó.

El hombre no sólo nadaba tan mar adentro como ella, sino que, además, en determinado momento, aceleró su marcha hasta alcanzarla.

Entonces, sí, Irina Masaryk lo reconoció.

El hombre mostró una seca sonrisa en su chorreante rostro.

—Buenos días, señora Masaryk —dijo.

—¿Qué… qué hace usted aquí? —Casi jadeó Irina.

Joe C. Douglas sonrió.

—Espero no molestar —amplió su sonrisa, pero ni así consiguió que pareciese auténticamente amable—. En realidad, he querido asegurarme de que no le va a ocurrir cualquiera de esos inesperados y desagradables accidentes tan frecuentes en quien se aleja tanto de la playa sin compañía.

Irina se mantenía hábilmente a flote, sin esfuerzo aparente.

—Está bien… ¿Va a venir ya su yate?

—Ahora puedo decirle ya que no es un yate… Tengo algunas preguntas que hacerle, señora Masaryk.

—¿Ahora? —exclamó ella.

—Bueno… Emmm… me temo que ya no tendremos ocasión de volver a vernos, ¿no cree?

—¿Qué preguntas son ésas?

—¿Por qué atacaron ayer a mi compañero?

Irina Masaryk se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo dice?

—Ayer, poco después del mediodía, su marido llegó a Niza acompañado por uno de mis amigos de Washington, señora Masaryk… ¿Cierto?

—Oh, sí…

—Bien. Ustedes nos localizaron y atacaron a ese amigo mío… ¿Por qué?

—No hicimos semejante cosa, señor… Joe.

—¿Está segura?

—¡Claro que sí!

—Bien; quizá deba creerla, porque de otro modo no comprendería que, teniéndonos localizados en una villa, no intentasen recuperar a Parel Masaryk, y continuasen conformándose con efectuar el canje de acuerdo a lo convenido.

—Eso es lo que vamos a hacer: el canje. ¿Llegó a pensar otra cosa de nosotros?

Joe hubiese soltado una carcajada de no pensar que iba a tragar una buena bocanada de agua si hacía tal cosa. Miró a Irina pensando hasta qué grado habían desarrollado su desfachatez en los «centros escolares» rusos para espionaje. Pero se sorprendió a sí mismo diciéndose que, a su juicio, Irina Masaryk no estaba mintiendo.

—Bueno, pues sí, llegué a pensar eso de ustedes.

—Mire, señor Joe. Esta operación ha sido llamada «Juego Limpio». Hemos venido a su terreno o, por lo menos, a un terreno en el que ustedes deben considerarse más seguros que nosotros. Además, queda bien claro que si a ustedes, los del
F. B. I.,
les interesa recuperar a su amigo, a nosotros nos interesa tanto o más recuperar a Parel. Por mi parte, admito que el interés es incluso superior al de todos. Amo a Parel, señor Joe, y jamás haría nada que diese lugar a la anulación del canje.

Joe soltó un gruñido. Realmente, pocas veces le habían hablado de modo tan convincente.

—Está bien. Sigamos nadando.

—¿Todavía mucho?

—Le aseguro que ni yo mismo lo sé. Mis amigos nos recogerán cuando lo crean oportuno; eso es todo.

Un yate pasó bastante cerca de ellos, hada el Oeste, seguramente hacia Antibes. El mar estaba salpicado de «snipes», los hermanos pequeños de los balandros. También se veían un par de éstos más mar adentro. Y más cerca de la playa había patines a pedal y a vela. Un par de canoas-automóvil cortaban fieramente el agua, arrastrando a dos muchachas sobre sus esquíes… En un cielo completamente despejado, el sol lanzaba sus cegadores rayos amarillos y rojos, como una extraña bola al rojo.

Tuvieron que nadar durante un cuarto de hora más. Irina Masaryk comenzaba ya a dar señales de fatiga, pero ni se dio por vencida ni pidió ayuda.

—Será mejor que esperemos aquí unos minutos, descansando —sugirió Joe.

Ella no contestó. Se volvió panza arriba y quedó flotando, relajada, con los brazos y las piernas separados del cuerpo.

La playa se veía extrañamente pequeña y como hundida ligeramente en la lejanía.

«Debe ser verdad que la Tierra es redonda», pensó Joe, con una mueca humorística para sí mismo.

Había ya media docena de balandros en el mar. Uno de ellos se acercaba declaradamente a los solitarios y temerarios nadadores.

Apenas tres minutos después, el balandro pasaba junto a ellos y lanzaba una escala de cuerda, sin detener la marcha. Joe la cogió con una mano y fue arrastrado inmediatamente; de pasada recogió a Irina Masaryk, rodeándole la cintura con un brazo. Luego, la acercó a la cuerda y estuvo ayudándola hasta que la rusa se agarró con fuerza a la escala. Parel Masaryk apareció en la borda, tendiendo una mano a su esposa. Joe, que mantenía tensa en lo posible la escala mientras era arrastrado sobre el mar, se preguntó qué grado de esfuerzo estaba utilizando el espía ruso para conseguir no mostrar emoción alguna.

Una vez Irina a bordo, Joe trepó ágilmente por la escala, saltó a bordo, la recogió y miró a los Masaryk, que en esta ocasión se contenían mejor en sus demostraciones amorosas.

Rob tiró a la mujer un albornoz que, dadas las proporciones magníficas de la rusa, casi era de su medida, por lo menos en

longitud.

Joe se secó y se peinó. Y después de encender un cigarrillo miró a Irina Masaryk.

—¿Y bien?

—Hacia Mónaco —dijo ella.

—¿Lo haremos en aguas francesas?

—No. Será cerca de San Remo, en aguas italianas.

—Muy bien. Ya has oído. Pete.

—Okay.

El balandro dio la vuelta sobre estribor, muy ladeado, y tomó la ruta indicada.

Joe se acercó a Nancy Carroll.

—¿Qué tal? —Casi consiguió ser amable.

—Bien… ¿Vamos…, vamos ahora a buscar a Dennis?

—Así es, nena. ¿Contenta?

—¡Oh, sí! ¿Todo saldrá… bien?

—Si nos guiamos aunque sólo sea por la lógica, sí. Nosotros tenemos ahora a dos rusos y ellos solamente a un norteamericano. Todo saldrá bien, no se preocupe. Parece que, finalmente, se hará juego limpio y que lo de ayer tarde fue solo una casualidad, una… manera muy interesante de conocerla a usted.

—Usted pensó…

—Olvídelo. Ocurre que yo siempre tengo que pensar lo peor… Es mi obligación.

—Sí, comprendo… ¿Qué pasará cuando Dennis esté con nosotros?

—Que estaremos todos muy contentos.

—Se está… burlando de mí.

—Sólo era una broma, nena. No se preocupe por nada, digo. Usted y su hermano desaparecerán, rumbo a casa.

—¿Y no… no nos volveremos a ver?

—Nunca se sabe. En cualquier momento, quizá Dennis y yo tengamos que intervenir juntos de nuevo en algún servicio.

—Me estoy refiriendo a nosotros…, a usted y a mí, Joe.

—Oh… ¿De veras? —Joe la miró de lado, entre irónico e interesado—. Mire, me gustaría invitarla esta noche a cenar en Niza, pero creo que no será conveniente. De este modo, pues… ¿Quién sabe? Tengo entendido que deberé regresar inmediatamente

de acabada esta misión…

—¿Lo hará con nosotros?

—No. Cada uno tomará un camino distinto… Es algo que aún debo concretar. De todos modos, si no volvemos a vernos, le aseguro que la recordaré, nena.

Nancy inclinó la cabeza y ya no contestó. Joe pensó que sería estupendo salir con aquella nena a alta mar, en un balandro, y pasar el día juntos, tomando el sol y… viviendo la vida. Pero lo peor que puede hacer un hombre al que le gusta hacer lo que le da la gana, es alistarse en el
F. B. I.

Un poco enfurruñado por este pensamiento, Joe se acercó a Pete.

—¿Todo bien? —Gruñó.

—Sí… ¿Qué te pasa?

—Vete al diablo.

Pete abrió la boca, asombrado. Miró a Rob, el cual le hizo una seña hacia Nancy Carroll y le guiñó un ojo, y entonces los dos agentes de pelucas y gafas de sol se echaron a reír.

* * *

Dos horas y pico más tarde, con el sol en todo lo alto, pero lanzando ya sus rayos algo más oblicuamente, el balandro no era el único ocupante del mar en aquellos lugares, delante ya, pero muy alejados, de la costa italiana.

Un yate pequeño había sido avistado minutos antes por Joe C. Douglas, gracias a los prismáticos. Pero sólo cuando la distancia entre ambas embarcaciones fue menor a las cien yardas pudo ver el nombre del yate.

—Rob.

—Aquí.

—Echa un vistazo.

Rob tomó los prismáticos, sin más palabras, ya que Parel Masaryk no perdía detalle de nada. Y, realmente, ni él ni Joe necesitaban hablar para que cada uno supiese lo que tenía que hacer.

Cuando Rob bajó los prismáticos, Joe musitó:

—¿Visto?

—Visto —susurró Rob—. El yate ese se llama «Maresca». Supongo que debe ser matrícula de San Remo.

También en voz muy baja, Joe indicó:

—Bueno, pues ya sabes lo que tenéis que hacer Pete y tú. En cuanto lleguemos a Niza os esfumáis y a toda marcha hacia San Remo. No creo que os sea difícil localizar el «Maresca», aunque sí creo que no nos va a servir de nada. De todos modos, partiendo de ese yate, intentad encontrar ese grupo ruso en Italia… Al fin y al cabo, es lo mismo que ellos intentarán con nosotros en Francia, partiendo de este barquichuelo.

—No es un juego demasiado limpio, ¿verdad? —sonrió Rob.

—El juego limpio se acaba con el canje… Pero todo será inútil. Lo mismo ellos que nosotros tenemos bien guardada la retirada. Ninguno dejaremos rastro.

—Pero hay que intentarlo.

—Por supuesto. Haz la señal que nos ha indicado la mujer de Masaryk.

Rob plegó una vela a medias y volvió a tensarla. En el yate, un hombre se dejó ver junto a la borda, saludando con una gorra. Joe miró a Irina y ésta asintió con la cabeza.

—Muy bien, Masaryk —gruñó Joe—. Coloqúese a punto de competición.

El ruso se había desnudado ya y vestía únicamente un «*slip*». Se colocó junto a la borda, de modo que desde el yate pudieran verlo bien con los prismáticos, que, naturalmente, debían tener. Al medio minuto escaso, otro hombre apareció junto a la borda del «Maresca» y Joe enfocó los prismáticos hacia él. Un hombre joven, rubio, de expresión firme pero algo apagada, no tan simpática como la que se dejaba ver en las fotografías que Joe estaba mirando para establecer comparaciones y seguridades en la identificación.

—Señorita Carroll.

—Di-diga…

—¿Quiere ver a su hermano?

Le tendió los prismáticos y la muchacha tembló ligeramente al subirlos hacia sus ojos. Joe la vio morderse los labios y oyó su voz, muy tenue, algo temblorosa:

—Está… más delgado…

Joe miró hoscamente al espía ruso.

—Adiós, Masaryk.

Éste comprendió. Miró a su esposa, puso un pie en la borda, se impulsó fuertemente y saltó hacia el agua. Casi en seguida, el otro hombre hacía lo mismo desde la borda del yate «Maresca». Los dos aparecieron en la superficie casi a la vez y comenzaron a nadar el uno hacia el otro. Cuando se cruzaron, a menos de dos yardas, no hubo entre ellos ni siquiera una mirada.

Un minuto después, Dennis Carroll era izado al balandro por las manos de Joe y Rob. El recuperado agente del F. B. I. se quedó mirando incrédulamente a su hermana.

—¡Nancy!

Fue un abrazo fuerte, emotivo.

Joe miró a Irina Masaryk.

—Muy bien, esto ha terminado, señora Masaryk.

—¿Puedo… marcharme?

—Desde luego.

—Entonces…, adiós.

—Adiós.

La rusa saltó al agua. Inmediatamente, el balandro dio la vuelta y se alejó de allí a toda la velocidad posible. También el yate estaba virando. Recogerían a Irina ya en marcha.

Joe esperó a que acabase el abrazó entre los Carroll. Entonces tendió la mano al compañero canjeado.

—Contento de verte, Dennis. Soy Joe Douglas. Éstos son Rob y Pete, de mi grupo volante en Europa, con base en París.

Dennis Carroll estrechó calurosamente las manos a sus tres compañeros. Estaba algo más delgado que en las fotografías, ciertamente, y parecía que le costaba un poco conseguir aquella sonrisa simpática, pero era él, Dennis Carroll. Joe pensó que no debía haberlo pasado muy bien en manos de los rusos.

De pronto, sorprendentemente, Dennis Carroll efectuó una corta carrerita por la cubierta del balandro.

Llegó a la popa y alzó los brazos al cielo.

—¡Eee-e e-eeeh…! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Soy libre como una gaviota…!

Los demás se echaron a reír.

Por encima de ellos pasaban entonces como media docena de gaviotas, efectuando rápidos descensos hacia el agua, en busca de algún pez desprevenido.

Nancy se acercó a su hermano y le puso la mano en un brazo.

—Dennis, Milton Lehman está aquí…

—¿En Niza?

—En el embarcadero. Tuvo un… —Miró a Joe— un percance, eso es. Él está inconsciente desde ayer. •Yo temo…

Dennis Carroll recuperó bruscamente su seriedad.

—Lo siento… —musitó—. ¿Puedo verlo?

—Está abajo —señaló Joe—. Y claro está que puedes verlo, chico.

—No sabía… Siento haber bromeado…

—Estaba justificado —aceptó amablemente Joe—. Ahora regresaremos a toda marcha a Niza. Allá será atendido convenientemente… aunque, claro, todo lo que necesita es recobrar el conocimiento, pues si hubiese necesitado algo más, él no estaría aquí ahora, sino donde le hubiesen atendido mejor.

—Claro… Bueno, iré a verlo.

Su hermana fue con él. Pete continuaba manejando el palo del timón y Rob y Joe se sentaron sobre unas cuerdas. Encendieron sendos cigarrillos y Rob suspiró:

—Bueno, ya hemos liquidado la operación «Juego Limpio»…

Joe C. Douglas no contestó. Tenía fruncido el ceño y su mirada, negra y profunda, se perdía pensativamente en el horizonte marino.

CAPÍTULO IV

La casa estaba en una corta callejuela que daba a la rue Vernier por una punta y desembocaba muy cerca de la estación del Ferrocarril de Provence, en la parte alta de Niza, hacia el interior.

Pete, que estaba mirando por la ventana, vio llegar a Joe, caminando por la acera de enfrente y mirando hacia aquella ventana, de modo que se asomó a ella, haciendo la señal convenida: encender con toda parsimonia un cigarrillo. Lo contrario, o el mismo comportamiento pero más precipitado, habría hecho dar la vuelta a Joe y perderse a toda prisa en la distancia.

Pero poco después, Joe entraba en el pequeño piso, abierta la puerta por el propio Pete. Rob estaba adormilándose en un arcaico sofá de respaldo de madera negra, y los hermanos Carroll se detuvieron en sus inquietos paseos.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Pete.

—Bien. ¿Recuperó ya el conocimiento?

Joe se pasó la lengua por los labios.

—No… He pasado aviso telegráfico a Washington, en clave. Uno de nuestros compañeros vendrá a Niza inmediatamente…

—¿No sería mejor utilizar uno de los que tenemos en Francia?

—No lo creo así, Pete. He pedido uno y supongo que lo enviarán inmediatamente. Se hará cargo de Milton Lehman hasta que se reponga, y luego regresarán juntos a Washington. Bueno, lo de Lehman está ya solucionado. Ahora, falta lo nuestro. Vosotros dos ya estáis saliendo para San Remo a buscar ese yate llamado «Maresca» y ver si a través de él os enteráis de algo…, cosa que no creo.

—Supongamos que sí, Joe.

—Pues… Bueno, vais a comprar un coche de segunda mano

ahora mismo y os vais en él a Italia, a San Remo. Si averiguáis algo, regresad inmediatamente a Niza, vais a ver a nuestro telegrafista y se lo decís. Él se pondrá en contacto conmigo donde ya le he indicado, y, o bien regresaré yo, o vendrá un compañero de París con instrucciones. En todo caso, recordad que no se trata de liquidar a uno o varios espías soviéticos en Italia o Francia, sino de descubrir los nudos de la cuerda que llega al sur de Europa desde Sebastopol o así. Insisto en que es sólo un intento, recordadlo. La misión que teníamos asignada está ya cumplida —señaló a Dennis Carroll—. Lo demás es puramente complementario y no se debe comprometer nada ni a nadie en ese intento. ¿Okay?

—Okay… Pero «Juego Limpio» aún no ha terminado, Joe. Todavía no ha llegado Dennis a Washington.

—Ésa es la parte de la misión que a mí me falta por cumplir. Olvidaos ya de la operación «Juego Limpio» y buscad ese grupo de hombres rusos que forman el cordón en el sur de Europa. Pero, insisto, sólo es una misión complementaria, lógica dadas las circunstancias de contacto, pero sin un objetivo determinado que justifique riesgos para nuestra propia red.

—Eres un pesado —gruñó Rob, poniéndose en pie, bostezando—. ¿Nos marchamos ya, Pete?

—Claro. Bueno…, adiós a los afortunados que regresan a casa.

Se estrecharon todos las manos, y ya, Rob y Pete se marcharon de aquel pisito sombrío. Joe los vio salir de la casa, mirando por la ventana, pero ellos no se volvieron ni una sola vez.

Suspiró y se volvió hacia los Carroll.

—Bueno, ahora nosotros… Un traje muy elegante, Dennis.

El rescatado «G-man» señaló a Nancy con un pulgar.

—Ella lo compró todo mientras tú no estabas. Siempre tuvo un gusto muy aceptable… ¿Qué hacemos ahora?

Joe volvió a mirar por la ventana. Luego echó un vistazo a su reloj.

—Dentro de dos horas y pico, exactamente a las veintidós catorce, sale hacia Marsella un tren, de la Estación de la S. N. C. F., en la Avenue Thiers[1]. Tú vas a tomar ese tren, Dennis.

Carrol pareció desconcertado un instante.

—¿Yo solo?

—Sí. Nancy yo iremos en coche. Ya nos veremos en Marsella.

—¿Dónde?

Joe Douglas vaciló.

—Bueno, puesto que Nancy yo vamos a salir ahora mismo hacia allá, se supone que llegaremos antes que tú, de manera que podríamos encontrarnos en la estación de Marsella. Pero, realmente, no me parece prudente. De manera que irás al ochenta y ocho de la rue Colmars y me esperarás allá. Conocerás a un hombre llamado Rene Vitre. Di le que yo estoy al llegar…

—¿No hemos quedado en que vosotros llegaréis antes?

—Es posible que no. Mmm… Bien pensado todo, y ya que vamos a adoptar precauciones en Marsella, creo que también debemos hacerlo aquí, con más motivo… De manera que nos separaremos cuando tú vayas a tomar ese tren.

—Está bien… ¿Qué le he de decir a Rene Vitre?

—Que yo estoy al llegar y que pase aviso a Lyon. No es necesario que le digas más; él ya sabe lo que tiene que hacer.

—De acuerdo. Veamos… Rene Vitre, ochenta y ocho de la rue Colmars, Marsella.

—Perfecto, Dennis. —Joe entró en otra habitación, y cuando salió llevaba una Luger en la mano; la tiró hacia Dennis Carroll—. Toma esto. Quizá la necesites.

Dennis se guardó la pistola. Parecía súbitamente malhumorado.

—Esperemos que no —gruñó—. No quisiera volver «allá» por nada del mundo.

—De eso se trata —sonrió Joe.

—¿Qué… qué haremos durante estas dos horas? —preguntó Nancy.

Joe fue hacia la puerta y recogió la bolsa de grueso papel que había dejado en el suelo al entrar.

—Cenaremos algo. Bocadillos, claro. Pero, como creo que la vuelta de un compañero debe celebrarse, he comprado algo de caviar… No es caviar ruso, sino danés.

—Menos mal —rió Dennis.

Joe lo dejó todo sobre la fea mesita redonda con un mugriento tapete y, por último, dijo:

—Y ahora… «voilá le *champagne*»…

Sacó la botella de champaña. Los Carroll se miraron, risueños. Nancy se puso en pie, se acercó con premeditado contoneo al agente volante en Europa y le echó los brazos al cuello lentamente.

—Es usted maravilloso, Joe.

Y le besó en los labios.

CAPÍTULO V

Hacia las doce y media de la noche, Joe Douglas detuvo el coche en la esquina de la rue Colmars con la Avenue Daluis, en Marsella, no muy lejos del puerto.

—¿Hemos llegado? —preguntó Nancy.

—Aproximadamente. Baja, nena.

Nancy se apeó. Luego lo hizo Joe; cerró el coche y tomó de un brazo a la muchacha. Los dos se adentraron en rue Colmars. No se veía a nadie y la iluminación no era buena precisamente.

El 88 de la rue Colmars resultó ser un establecimiento de artículos fotográficos, de entrada angosta y aspecto poco próspero. En lo alto de la puerta había un cartelón viejo, con churretes que sólo la lluvia podía haber producido en la pintura de poca calidad. Ponía el nombre de Rene Vitre y aseguraba que allí había de todo cuanto pudiese necesitarse para el arte fotográfico.

Joe se acercó a la juntura de la puerta de cristales y llamó suavemente:

—Rene.

La respuesta debía haber sido la inmediata autorización para entrar. Debió abrirse la puerta, atraída por la mano de Rene Vitre.

Y, como respuesta, sólo hubo silencio.

—Joe…

Joe se revolvió rápidamente hacia Nancy, y mientras con la mano izquierda le tapaba la boca, con la derecha sacó su pistola.

—Ssst… Ven conmigo, Nancy… En silencio.

Junto a la tienda de artículos fotográficos había la entrada a una casa de vecinos, de sólo tres pisos. Joe se metió por allí, llevando a la muchacha de una mano. Al fondo de lo que malamente podía llamarse vestíbulo, había una puerta estrecha, renegrida. El silencio

era absoluto en aquel lugar. Joe empujó aquella puerta pero no cedió al principio. Luego, como si con el primer empujón se hubiese forzado una invisible contención, la puerta se hundió.

Se vio un patio alargado. Arriba, las estrellas y el negro cielo.

—Por favor, Joe…

—¡Calla!

Acabó de abrir la puerta. Entonces se pudo ver mejor el patio. Al final de éste se veían bultos que crecían de muebles viejos y algunos neumáticos. A la derecha había una tapia como de nuevo o diez pies de altura. Joe guardó la pistola y saltó hacia el borde de la tapia. Lo alcanzó con facilidad, sin un solo ruido, pero entonces lo pensó mejor y se dejó caer de nuevo en el patio. Fue hacia el fondo del patio y regresó con un neumático de coche, sosteniéndolo a peso, siempre evitando el menor sonido. Lo arrimó a la pared y lo utilizó para alcanzar de nuevo el bordé de la tapia.

Una vez allí se volvió, tendiendo la mano a Nancy.

Ésta debió interpretar exactamente los deseos del
«G-man»,
ya que se las arregló para colocarse sobre la rueda y alcanzar la mano que se le tendía. Joe tiró con fuerza de ella, la levantó con facilidad y la colocó sobre el borde de la tapia. Luego, siempre sosteniéndola de una mano, la descolgó al otro lado de la tapia.

Después se descolgó él.

—No te muevas de aquí —susurró.

Sacó de nuevo la pistola y fue hacia la puerta de la trastienda que comunicaba con aquel patio.

Y aquella puerta cedió al primer empuje. No se veía ninguna luz en la tienda. Nada. Joe pensó en la posibilidad de que Dennis Carroll aún no hubiese llegado allá, pero, ciertamente, él y Nancy se habían tomado el viaje con calma, por lo cual era de esperar que Dennis estuviese ya allí. Y, aunque no fuese así, René estaba advertido de aquella visita triple, y debió estar atento a ella.

Joe conocía bien aquella tienda. Sin vacilar demasiado, tanteando la pared con la mano izquierda, caminó silenciosamente hacia el laboratorio donde Rene Vitre realizaba sus trabajos de revelados, ampliaciones y demás cosas relacionadas con la fotografía.

Había una lucecita roja al fondo, de tan escasa potencia que casi

resultaba contraproducente a efectos de una exacta visión del laboratorio.

Puso un pie dentro de éste.

Luego, otro.

Entonces oyó aquel suavísimo ruido a su izquierda. Un ruido que jamás confundiría con ningún otro: la respiración contenida de una persona.

Se volvió velozmente hacia allí, de modo que el golpe que iba dirigido a su cabeza le acertó en un hombro. Conservó el conocimiento, pero el dolor fue tan intenso, tan paralizante, que por un par de segundos quedó a merced de su enemigo, débiles la piernas, ofuscada su mente.

Una mano durísima le buscó la cara, y un vigoroso dedo pulgar le buscó el punto exacto: debajo de una oreja. Un apretón en semejante lugar podía producir la pérdida instantánea del conocimiento, así que, reaccionando más por instinto de conservación que por sus facultades físicas, Joe Douglas alcanzó aquella mano con la suya izquierda, la apartó, dio media vuelta, manteniendo la mano enemiga por encima de su cabeza, y, al mismo tiempo que se inclinaba, tiró furiosamente de aquella mano.

El atacante debía haber saltado aparatosamente por el aire, hacia la lucecita roja.

Y no.

No hizo eso precisamente.

Una de sus manos se quedó como clavada en un costado de Joe, frenando el salto. Y apenas conseguido aquello, la misma mano se clavó, de canto, en la nuca de Douglas, que habría sido vencido ya mismo de no haber esperado justamente aquello en cuanto comprendió que su enemigo sabía tanto como él de «*jiu-jitsu*».

De este modo, Joe recibió el golpe de canto en el cuello cuando ya se había encogido, esperándolo. Simultáneamente lanzaba su codo derecho hacia atrás con tan malas intenciones que, de haber alcanzado su objetivo, esto es, el cuello de su antagonista, la pelea habría terminado allí por fallecimiento de aquel hombre atacante.

De nuevo, no.

El codo acertó al hombre, pero no en la nuez, sino en el estómago. La rapidísima reacción de aquel hombre hizo comprender a Joe que se estaba jugando la vida con alguien que también podía

matarlo solo con las manos… Y se convenció de ello cuando una mano cayó sobre sus ojos y las yemas de los dedos buscaron las córneas. Con una sola presión de aquellos hábiles dedos, Joe C. Douglas podía quedar irremediablemente ciego; de un solo movimiento de gancho sus dos ojos podían salir de las órbitas…

Escondió la cabeza, asiendo de nuevo aquella mano. Pero no insistió en intentar lanzar por encima suyo a su enemigo. Estaba ya comprobado que eso era grano difícil de moler.

De modo que, llevando a cabo el más inesperado de los ataques, bajó aquella mano hacia su boca y la mordió con todas sus fuerzas.

El aullido fue contenido, angustioso. Pero resonó claramente en el pequeño laboratorio fotográfico. Joe se revolvió ferozmente, alzando una rodilla, que dio donde tenía que dar. Luego, su mano derecha se abatió, armada de la pistola, sobre la humillada cabeza de su contrario, que, al descender, encontró la otra rodilla de Joe en plena boca y nariz.

El hombre tuvo que enderezarse, violentamente forzado. Entonces el puño izquierdo de Joe Douglas le alcanzó en el mentón, lo derribó de espaldas y, cuando el hombre intentaba incorporarse, Joe le puso una rodilla en el pecho y la boca de la pistola en la garganta.

—Se acabó —dijo en ruso—: O inmovilidad o muerte.

El hombre jadeaba fuertemente, pero sus palabras fueron claramente audibles:

—Joe…, ¿eres… eres tú?

Joe C. Douglas lanzó una exclamación.

—¡Dennis! ¿Qué significa esto?

Apartó la pistola de la garganta del otro y oyó su suspiro de alivio.

—¡Cielo santo, Joe…! ¡Has podido matarme…!

Joe se puso en pie y ayudó a Dennis Carroll a hacer lo mismo. Se acercó a la entrada del laboratorio, dio la luz y se quedó mirando a su compañero, que se esforzaba por contener la sangre que brotaba de su nariz.

—¿Estamos locos? —Gruñó Joe—. ¿Qué demonios es lo que tú intentabas, Dennis?

Carroll se pasó la lengua por un diente que se movía y escupió furiosamente hacia un rincón.

—Y, ¿qué te proponías tú, maldito seas, entrando aquí como si fueses un ladrón o un espía enemigo de Vitre?

—Está bien, los dos hemos sido unos idiotas… ¿Dónde está Rene?

—Te gustaría saberlo, ¿eh?

—Claro.

—Pues ven conmigo.

Dennis Carroll salió abruptamente del laboratorio, pasando a la tienda de cara al público. No abrió la puerta. Se limitó a alzar una de las persianas enrollables, y en seguida Joe vio a René Vitré.

Lo que quedaba de René Vitré.

Estaba en mangas de camisa, cara al techo, muy despeinado. La mortecina luz del exterior dio un aspecto adecuadamente trágico a su cadáver.

Joe se inclinó sobre él, le puso una mano en el corazón y luego buscó la causa de su muerte.

—Tiene el cuello roto —musitó.

—Lo sé.

—¿Fuiste tú?

Dennis resopló airadamente.

—¿Por qué no me preguntas si yo maté a Lincoln? Más o menos, será lo mismo.

—Baja esa persiana.

Carroll obedeció. Joe cargó en sus brazos el cadáver de René Vitré, hacia el laboratorio. Cuando lo dejó sobre la mesa de pruebas, dijo:

—Ve a buscar a tu hermana, está en el patio.

Salió sin comentar nada. Joe se dedicó a estudiar más detenidamente el cadáver del buen Vitré. Estaba como siempre, con su gran bigote entrecano, su aspecto tristón, su palidez de hombre que vivía encerrado, sirviendo a quienes un montón de años antes habían hecho posible la liberación de París y la consecución de una Francia única, tradicional.

Ya no lucharía más. Adiós al «maquis», a su sentido del deber personal… Adiós a todo. René Vitré no prestaría más servicios a su patria, ni al
F. B. I.,
ni a nadie. Un hombre con gran amplitud de miras y dotado de

considerable inteligencia, había muerto. Lo más lamentable de todo era que, más que por Francia misma, sería echado de menos por el F. B. I.,
organismo norteamericano.

—Joe…, ¿qué ha pasado?

Se volvió hacia la puerta del laboratorio.

—Tu hermano y yo somos tan listos que estuvimos a punto de matarnos uno a otro… ¿Qué pasó exactamente, Dennis?

—Yo también entré por el patio, porque nadie respondió a mi llamada al timbre de la calle. Creo que temí algo más o menos parecido a esto. Recorrí la tienda. Vi a este hombre y supuse que era Rene Vitré. Acerté, ¿no es así?

—Acertaste; éste «era» René Vitré.

—Lo siento —murmuró sombríamente Dennis—… Estoy empezando a preguntarme si mi canje ha valido la pena…

—Cálmate.

—Mi vida no valía más que la de Vitré, supongo. Y está Milton Lehman. ¿Se salvará? ¿Morirá?… Creo que todos somos egoístas en cualquier momento determinado, Joe.

—No se trata de la vida de un hombre, o de dos vidas, Dennis. Hay que tener en cuenta la moral del servicio. Si a uno de nosotros nos atrapan alguna vez, siempre podemos tener la esperanza de un canje. Algunas veces, quien tenga tal esperanza, vivirá engañado…, pero será moralmente fuerte. De cuando en cuando interesa un canje. Y las vidas de un par de hombres no tienen demasiada importancia si sirven para fortalecer la moral de una docena.

Dennis Carroll se mordió los labios, se volvió hacia la pared y descargó en ella un violento puñetazo, que desolló sus nudillos.

—¡Todo es un engaño! —gritó—. ¡No se me ha querido salvar a mí, sino a la moral, a la resistencia de quienes caigan en lo sucesivo!

Joe C. Douglas palideció un poco. Ni siquiera intentó contradecir a Dennis…, porque estaba en lo cierto.

Fue hacia el fondo del laboratorio y pulsó determinado lugar de la pared, que se abrió, dejando una abertura escasamente factible para un hombre. Encogiéndose, Joe entró en aquel lugar.

Había allá una emisora.

Sobre el tablero había un papel, escrito en francés:

«TODO NORMAL Y TRANQUILO ESPERAMOS LLEGADA TRANSEUNTES DESTINO PARIS PUNTO SALDRAN HACIA USA POR ORLY SALVO IMPREVISTOS PUNTO PARIS ESTA AL CORRIENTE ASUNTO CANJE PUNTO SALUDOS A JOE Y DINOS COMO SIGUE TU INCIPIENTE REUMA EN COCHINA MARSELLA PUNTO PIDELE A JOE DESTINO EN NIZA Y SI LE HABLAS DE TU REUMA TE LO CONCEDERA PUNTO ASUNTO CANJE HA FASTIDIADO PLAN RUBIA ESTUPENDA QUE ESTABA POR MIS HUESOS PUNTO ¡CUIDATE IDIOTA!

»*Post* Liaisen. LYON».

—¿Puedo leerlo yo? —pidió Dennis.

Joe le tendió el mensaje. Se sentó ante la emisora y comenzó a transmitir:

«RENE TOTALMENTE CURADO REUMA INCIPIENTE PUNTO IGNORANTE DE ESTO LO MANTUVE EN MARSELLA PERO SI ME HUBIESE PEDIDO DESTINO EN NIZA HABRIA SIDO CONCEDIDO PUNTO ASESINADO EN SU TIENDA POR…».

Había utilizado el morse demasiado aprisa. Y, realmente, hacía ya varios segundos que se había dado cuenta de que la emisora no funcionaba, pero su mano había seguido accionando la palanquita automáticamente…

Se levantó y echó un vistazo a la emisora; pero no pudo ver la causa de la avería ni siquiera cuando le dedicó verdadera atención. La habían estropeado a conciencia, pero no de un modo aparatoso, sino con habilidad, sabiendo cómo hacerlo de modo que resultase imposible hallar la avería a menos que se tuviesen conocimientos especiales.

Salió del pequeño cuarto secreto y cerró la camuflada puerta.

Dennis le tendía en silencio el mensaje recibido de Lyon, por René, antes de morir.

Musitó sombríamente:

—¿No crees que debieron llevarse este mensaje, Joe? De este modo nos dejan saber que todo está listo en Lyon, y que nos están esperando allá y luego en París.

—«Quieren que lo sepamos».

—¡Oh, comprendo…! Ellos esperan que les llevemos también junto a nuestros amigos de Lyon y París, ¿no es eso?

—Me temo que sí. Pero, según parece, ya saben cómo localizarlos, puesto que, por lo menos en esta ocasión, se han adelantado a nuestra llegada.

—Entonces tendríamos que darnos prisa… A menos que…

—¿Qué?

—Bueno, estoy pensando que quizá sería mejor para nuestros amigos que Nancy y yo regresásemos a Estados Unidos por las buenas, sin complicarnos la vida… ni complicársela a los demás.

—No puede ser, Dennis. En primer lugar, vosotros dos tenéis que desaparecer de Francia sin dejar rastros de nombres auténticos. Y eso lo conseguiremos en París, donde os proporcionarán documentación para el vuelo hasta Nueva York, no hasta Washington. Luego, está el hecho indiscutible de que, de un modo u otro, los espías rusos emplazados en Francia han encontrado un extremo del hilo que forma la madeja de nuestra organización en Francia. Eso quiere decir que si empiezan a tirar del hilo pueden descubrir muchas cosas… Y no podednos permitirlo. Son gente lista, naturalmente. Se mueven bien y de prisa. Fíjate en el hecho de que hayan podido descubrir la emisora de René, tan bien oculta tras ese tabique.

—Quizá no la descubrieron… ¡Qué torpe soy! ¡Claro que la descubrieron! Si no…, ¿cómo habrían podido estropearla?

—Exacto. De todos modos, tú no tienes orden de intervenir en esto, de manera que si realmente prefieres arreglártelas solo y regresar inmediatamente…

Dennis Carroll se mordió los labios, mirando hacia el cadáver de Vitré.

—¿Hay algo que me impida ayudarte, Joe?

—Al contrario —sonrió desganadamente Joe Douglas—: hay

algo que debe impulsarte a ayudarme, tal como estás pensando. Son solamente tres letras:
«F. B. I.».

—Eso es lo que estaba pensando, en efecto. Bien…, ¿por dónde empezamos?

Joe miró su reloj.

—Si no recuerdo mal, hay un vuelo nocturno Marsella-Lyon-París, a las dos y media de la mañana… Es la una, ahora… Si viajamos en coche necesitaremos un mínimo de tres horas para recorrer los trescientos cincuenta kilómetros, aproximadamente, que hay entre Marsella y Lyon, o sea que llegaríamos a Lyon hacia las cuatro. En cambio, si tomamos el avión de las dos y media, podemos estar con nuestros amigos incluso antes de las tres y media… Y quizá todo dependa de un minuto, así que esta media hora puede resultar muy importante.

—De acuerdo. Y… lamento que este canje lo haya complicado todo, Joe.

—Esto estaba ya planeado por los rusos —gruñó Joe—… Aceptaron el canje en Niza porque les convenía. Ellos quieren destrozar nuestra organización, está bien claro ahora. Desde el mismo momento del canje en el mar, de un modo u otro, han conseguido tenernos localizados. Sí, eso es lo que querían. Nunca juegan limpio; hace falta ser norteamericano para creer en los rusos. Un inglés o un francés no habría confiado jamás, por mucho que a una operación se le llamase «Juego Limpio». Ahora, ellos, van a intentar destrozar nuestra red, y, entonces, los componentes de la suya podrán actuar con más libertad.

Dejarán de estar vigilados, enviarán más hombres… y, para cuando yo intentase reorganizar mi grupo en Francia, no daría un solo paso que ellos no estuviesen vigilando.

—Hasta es posible que intenten lo mismo en Italia, España…

—Es posible, sí. Pero en España tenemos buenos elementos, y, además —sonrió mordazmente—, me temo que allá los rusos tendrían que andar con mucho más cuidado que por aquí.

—¿Quieres decir que no hay espías soviéticos en España?

—¿Cómo voy a decir semejante tontería? Sería necio pensar que van a descuidar un solo país, sea el que sea. Pero en España ya tenemos algunos compañeros, así como en otros países. Ellos harán

frente a su cometido si llega el caso. A mí me importa Francia y mi grupo, y a eso voy a atenerme. De modo que vamos a viajar a Lyon. Salgamos de aquí.

—Si nos están vigilando…

—Es posible. Pero no van a atacarnos. No les interesa. Quieren mucho más que nuestras vidas. Lo máximo que puede ocurrir es que ellos, siguiéndonos, tomen el mismo avión hacia Lyon. Y como eso sería estupendo, pues querría decir que no habían de llegar antes que nosotros, vamos a salir descaradamente. ¡Y ojalá nos sigan! ¡Ojalá no estén ya camino de Lyon!

—Ojalá.

Joe se acercó al cadáver de Pené Vitré.

—Lo siento, René —musitó—… Siento no poder hacer otra cosa que decir «lo siento».

Salieron los tres de la tienda, dejando la puerta ajustada. La Policía francesa tendría trabajo al día siguiente. Fueron al cruce de la Rue Colmars con la Avenue Daluis, y subieron los tres al coche.

Poco después, rodaban hacia el aeropuerto, despacio.

Faltaba más de una hora para que saliese el avión.

CAPÍTULO VI

En Lyon, la base operatoria del espionaje norteamericano y contraespionaje ruso estaba en el número 236 de la Rue
d'Annot.

Era una cafetería relativamente elegante, moderna. Tenía un toldo a rayas rojas y verdes y un gran escaparate-ventanal que permitía ver el interior del local desde la calle. A ambos lados de la puerta había unas grandes macetas de madera, con laureles.

La cafetería estaba cerrada entonces, a las tres y media de la madrugada. Pero, evidentemente, ello no había de representar dificultad alguna para Joe C. Douglas.

También allí había otra entrada, junto a la puerta de entrada a la cafetería. Una puerta de hierro y cristal, amplia y bonita. A un lado del zaguán, una placa de cristal con las letras en negro: «Henri Morlet».

Joe empujó la puerta, que cedió ante él silenciosamente. Eso ya estaba mejor, pero faltaba algo, de modo que entró, buscó tras la puerta un diminuto botón y lo pulsó, fijando su mirada en lo alto del techo, en el ángulo que formaban éste y dos paredes.

No se pudo saber lo que estaba mirando en aquel rincón oscuro del techo, porque nada sucedió.

Entonces, Joe se volvió hacia los Carroll.

—Prepara la pistola, Dennis —musitó—… ¿Le has quitado el silenciador?

—No.

—Bien… Seguidme, sin ruido.

—¿Qué está ocurriendo?

—Han matado a Henri Morlet.

—¿Cómo puedes saber…?

—¡Ssssst…!

Era un pasillo largo, que formaba el fondo del largo-mostrador de la cafetería. Después había una puerta, al final. Una vez abierta, se vio un tramo de escaleras más bien angosto, que llevaba al pisó de encima de la cafetería, lugar donde Joe sabía que Henri Morlet tenía su vivienda particular.

Muy lentamente, Joe fue subiendo aquel tramo de escaleras. Llegó arriba sin novedad, siempre seguido de cerca por los Carroll. Estaban en una especie de «*hall*» amplio y holgadamente amueblado. A la izquierda había una gran ventana, alargada, a través de cuyos cristales y visillos transparentes pasaba la luz de la calle, marcando pálidos rectángulos sobre el mosaico y paredes.

Parecía un bonito apartamento. Cuatro puertas daban a aquel espacioso recibidor, y no se *veía* luz por debajo de ninguna de ellas.

Joe se dirigió hacia la del dormitorio de Henri Morlet, siempre con los Carroll pegados a sus talones. La empujó cuidadosamente y adelantó un pie hacia el interior.

No sucedió nada.

La acabó de abrir y entró de golpe en el dormitorio. En seguida vio el cuerpo tendido sobre la cama, también gracias a la luz que llegaba desde la calle. Se abalanzó hacia él justo en el momento en que un hombre se despegaba de la pared por detrás suyo y, colocándole un pie delante de los suyos, le clavaba duramente un codo en los riñones, con tal fuerza que Joe salió despedido contra la cama. Pero el atacante había puesto uno de sus pies delante de los dos de Joe para algo.

Y obtuvo resultado.

Joe quedó trabado de pies y cayó a peso hacia delante, golpeándose con la cara contra la cama y rebotando aparatosamente hacia el suelo.

Mientras tanto, otro hombre había aparecido por detrás de los Carroll, procedente sin duda de otra habitación, y había clavado su pistola en la espalda de Dennis, tras empujar a Nancy rudamente hacia dentro del dormitorio de Henri Morlet, pero tan precipitadamente que la muchacha chocó con el hombre que había golpeado a Joe Douglas.

Como consecuencia, este hombre perdió el equilibrio, se ladeó dando traspiés… y recibió por detrás de las rodillas la doble patada

lanzada por Joe, desde el suelo.

Casi simultáneamente, Dennis Carroll se inclinaba hacia delante y golpeaba con el coxis el vientre del hombre que le amenazaba con la pistola. Éste soltó un gruñido y reaccionó velozmente, durante la fracción de segundo en la que Dennis intentaba la vuelta sobre un pie y cruzado al cuello de su enemigo. Recibió el golpe de pistola en la frente y cuero cabelludo, y la piel se rasgó, mitad hacia cada lado, entre la frente y el cuero cabelludo.

El golpe no le aturdió completamente, pero pareció aplastarlo contra el suelo y, desde luego, sin posibilidades de hacer frente a su enemigo, que aprovechó el momento para escapar del dormitorio a toda velocidad.

Joe oyó sus pisadas en la angosta escalera que desde el recibidor del apartamento llevaba a la puerta de la calle, al mismo tiempo que el hombre al que había golpeado en las rodillas esgrimía su pistola con intenciones harto evidentes.

Todavía en el suelo, Joe giró sobre sí mismo y, de nuevo utilizando los pies, alcanzó con uno de ellos la mano armada de su enemigo, y la pistola saltó sobre la cama, junto al yacente Henri Morlet.

El hombre se puso en pie entonces, dispuesto a huir, pero Joe era más ágil y estuvo en posición vertical antes que él. Cuando el contrario aún no había acabado de incorporarse, Joe estaba ya en condiciones para golpearle a placer.

Y lo hizo.

Sin miramientos.

Sin piedad.

Un punterazo en un ojo cortó el resuello al hombre hasta el punto de que apenas pudo gemir su dolor. Pasó por encima de la cama, zarandeando a Morlet… y llevándose con la mano la pistola que había llegado allí de otro puntapié propinado por Joe.

No.

No pudo usarla.

Cuando cayó al otro lado, lo Intentó, pero estaba completamente desorientado por la voltereta y el dolor Intenso que sentía en el ojo.

En ese segundo de desconcierto, Joe llegó a tiempo de golpearle la muñeca de nuevo, esta vez con el canto de la mano Izquierda, mientras la derecha se aplastaba duramente en el estómago. La

pistola voló otra vez y, sin transición, la mano derecha de Joe lanzó una sonora bofetada sobre una oreja de su enemigo, que giró un cuarto de vuelta y retrocedió.

De dos cortos al estómago, Joe le dobló sobre sí mismo, y…

Y entonces el hombre arremetió sobre él con la cabeza por delante; la hundió en el estómago de Joe, y lanzó a éste por el aire, sobre Henri Morlet, por encima del cual rodó antes de darse el batacazo contra el suelo, al otro lado de la cama.

Cuando se estaba Incorporando, ayudado por Nancy, que se había acurrucado en aquel rincón de la habitación, sólo pudo ver fugazmente que el hombre salía corriendo del dormitorio… y el fogonazo a ras del suelo, por delante de Dennis, que se había arrastrado hacia la puerta.

Afuera, en el recibidor, oyó el gemido de angustia casi conectado con el «plop» de la pistola con silenciador manejada por Dennis Carroll.

Y mientras éste comenzaba a ponerse en pie torpemente, Joe salió como una centella del dormitorio, giró, clavando un tacón en el suelo…, y vio al hombre caído en el suelo, inmóvil.

Completamente inmóvil.

Se desentendió de él y corrió escaleras abajo tan precipitadamente que salió a la calle dando trompicones, jadeando.

Naturalmente, no había nadie.

Cada cual había confiado en sus propios medios de huida. Y no extrañó a Joe Douglas el hecho de que aquellos hombres hubiesen intentado en primer lugar la huida, en lugar de abatirlos cómodamente con sus pistolas.

Si los mataban… Sobre todo si lo mataban a él…, ¿quién los iba a guiar hasta el punto exacto de París donde podían encontrar más elementos de la organización del
F. B. I.?

Regresó arriba a toda prisa, y lo primero que hizo fue auscultar al hombre contra el cual había disparado Dennis Carroll. Estaba muerto.

Entró en el dormitorio de Henri Morlet. Dennis estaba sentado en una punta de los pies del lecho y Nancy rasgaba nerviosamente una sábana; el armario del francés se veía abierto y algunas ropas habían caído al suelo.

Joe fue a la ventana, cerró las persianas y, luego, encendió la luz del dormitorio.

Miró a Dennis.

—¿Qué ha sido?

—Me ha abierto la cabeza…

Joe se acercó y examinó la herida. Ojalá hubiesen sido como aquél los golpes recibidos por Milton Lehman, en Niza.

—No es nada importante. Nancy te vendará bien.

Se acercó a Henri Morlet y lo colocó bien. El francés estaba en pijama. Tenía la cara llena de golpes y las orejas, las manos y los pies llenos de quemaduras. Había en su rostro una mueca de dolor, casi de terror también.

Cuando Joe miró hacia los Carroll, éstos lo estaban mirando fijamente a él.

—Lo… lo han torturado… —gimió Nancy.

—Así es.

—¿Por… por qué?

Joe alzó las cejas.

—Bueno…, obviamente lo hicieron porque Henri no quiso contestar a sus preguntas.

—Entonces, ¿ellos no saben nada?

—No podemos estar seguros de que Henri calló hasta la muerte, Nancy.

—¡Oh…!

Joe apretó nerviosamente un puño contra otro.

—Quizá dijo algo, no lo sé…

—¿Cómo supiste que estaba muerto? —preguntó Dennis.

Sin contestar, Joe salió del dormitorio. Entró en otra de las habitaciones y dio la luz. Era un despacho que aparecía completamente revuelto… Incluso mostrando la emisora que había estado camuflada en un arcón esbelto, cuya madera casi tenía el tono negro. La tapa delantera había sido poco menos que arrancada, de modo que se veía la emisora. Joe ni se molestó en comprobar su funcionamiento.

Los Carroll aparecieron detrás suyo. Dennis llevaba una venda rodeando su frente.

—He aquí lo que ocurrió —musitó Joe—: Henri estaba esperando nuestra llegada aquí, en su despacho, en pijama. Cuando

llamaron a la puerta creyó que éramos nosotros y abrió. Los dos hombres que lo han matado son, sin duda, los mismos que mataron a René, en Marsella… Como a René lo mataron poco antes de las doce, esos dos hombres han tenido más de tres horas para llegar a Lyon desde Marsella. Por supuesto, contaban con un buen coche, así que debieron aprovechar bien la ventaja… Si no hubiésemos tomado el avión, ni siquiera los habríamos visto… y posiblemente ellos estarían ya viajando hacia París cuando nosotros llegásemos. Estuvieron golpeando a Henri aquí, en el despacho. Luego, cuando Henri ya no podía sostenerse, lo llevaron a su cama, y allá le han quemado con cigarrillos o cerillas… No sé cuántas cosas les diría Henri antes de que le metiesen una bala en el corazón. Pero sí estoy seguro de que lo mataron muy poco antes de llegar nosotros…, o quizá cuando llegamos ante la puerta. Tengamos en cuenta que el cadáver de Henri Morlet todavía está caliente, blando. Claro está, esos hombres descubrieron la emisora antes de llegar nosotros, y la destruyeron. Quizá el propio Henri les dijo dónele estaba a las primeras quemaduras… Voy a contestar a tu pregunta, Dennis: ¿ves esa bombillita azul del mueble-bar?

—Claro…

—Detrás de la puerta de la calle, abajo hay un timbre casi oculto. Es difícil verlo, a menos que se sepa que es precisamente un timbre y que está allá. Cuando yo lo pulsé, esa bombillita azul se encendió. Como respuesta de que todo iba bien aquí arriba, Henri Morlet debió apretar otro botón que habría encendido una luz idéntica abajo, tras la puerta, cerca del techo.

—Ya… Y como no la encendió, comprendiste que algo iba mal.

—Exacto.

—Pero esos dos hombres que han matado a Henri Morlet no sabían lo de esa señal… No la hicieron, y a pesar de ello, Morlet les abrió la puerta. ¿Por qué?

—Quizá Henri Morlet cometió el máximo error que podemos cometer los que vivimos como nosotros.

—¿Se confío?

—Supongo que así debió de ser. Él nos estaba esperando, llega alguien y llama abajo. ¿Quién sino nosotros podíamos ser? Morlet olvidó que no hay que relajarse nunca, pues una sola vez que uno se relaje… Bien, él está muerto ahora.

—Y nosotros… ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé. —Joe encendió un cigarrillo, pensativo—… De verdad que no lo sé, Dennis…

—¿Seguimos hacia París? Por mi parte…

Se calló de golpe, y Joe le miró interrogativamente.

—¿Por tu parte…?

Dennis dejó de morderse los labios.

—Por mi parte, ya he ocasionado bastante daño. Tengo una pistola y el dinero que me diste. Nancy y yo nos arreglaremos ahora solos…

—¿A qué viene ese remordimiento, idiota? —masculló Joe—. ¿No habrías hecho tú lo mismo por un compañero?

—Desde luego. Pero…

—¡Oh, vamos, Dennis, déjate de tonterías! Ya te dije que esto lo habrían organizado los rusos de un modo u otro. Han utilizado el canje tuyo como podrían haber utilizado cualquier otra treta.

—Insisto…

—¡Maldita sea, cierra ya el pico!

Joe tiró rabiosamente el cigarrillo y fue adonde yacía el enemigo muerto por Dennis. Hincó una rodilla junto al cadáver y movió la cabeza.

—No debiste tirar a matar, Dennis.

—No tiré precisamente a matar, Joe.

—Comprendo. Es una lástima que esté muerto, sí… Empleando los mismos métodos que él utilizó con Morlet, quizá habríamos conseguido que dijese algo muy interesante…

—Lo siento…

Joe encogió los hombros y se dedicó a registrar al cadáver. No encontró nada interesante, salvo un papel que lo era en grado superlativo. Lo leyó rápidamente, casi de un modo fotográfico.

Decía:

«Henri Morlet. —236 Rué
d’Annot.
—Lyon».

Un papel interesantísimo, ciertamente. Tanto más cuanto que la

letra era de René Vitré, el hombre de la organización de Joe Douglas asesinado en Marsella.

Joe arrugó el papel en la mano crispada por una súbita furia. Cuando Dennis preguntó de qué se trataba, ni siquiera contestó. Mantuvo el papel en la mano, se puso en pie y metió aquella mano en el bolsillo.

—Tenemos que marcharnos de aquí antes de que amanezca —susurró—. Por el momento no es conveniente ir dando explicaciones a la Policía francesa.

—¿Seguimos hacia París?

Joe se dejó caer en un sillón y encendió otro cigarrillo con mano firme, a pesar de la terrible furia que sentía. Permaneció pensativo durante casi cinco minutos. Por fin, aplastó la colilla y dijo:

—Yo iré a París. Vosotros regresaréis a Niza.

Los Carroll se miraron, desconcertados.

—¿A Niza? —musitó Dennis—. Eso es tanto como retroceder…

—No lo creas. Allá, tú y Nancy, recibiréis los pasaportes.

De nuevo se miraron los dos.

—Pero… Creíamos… Tú dijiste que el centro de tu red estaba en París…

—Y así debo continuar diciéndolo.

—Joe…, no te entiendo… No te entendemos…

Joe se puso en pie.

—Lógicamente, cualquier cosa muy importante que se organice en Francia debe tener el centro nervioso en París, ¿no es cierto?

—Bueno…, supongo que sí.

—Eso supondrían todos. En mi caso no es así. Todo mi trabajo en Francia gira en torno a Niza. Allá tengo realmente mi… cuartel general.

—¿Es… una broma?

Joe sonrió agriamente.

—No estoy para bromas, Dennis. Lo que acabo de deciros es lo cierto.

—Pero nosotros íbamos a recoger los pasaportes a París… Esos pasaportes falsos con los cuales, al salir de Francia, no íbamos a dejar rastro alguno…

—Los pasaportes, ciertamente, están en París esperándoos a los dos. Por eso, yo voy a ir a París a buscarlos y a ver si allí todo va

tan mal como en Marsella y Lyon. Por si así fuese, no me parece oportuno llevaros conmigo. Yendo solo me moveré con más rapidez y libertad, y vosotros dejáis de correr riesgos. Así que os volveréis a Niza mientras yo me llego a París a recoger esos pasaportes.

—Pero… Bien, no quiero que pienses que tengo miedo, Joe, pero opino que Niza es más peligrosa para mí que París. En Niza se ha gestionado todo el asunto… Y no olvides que los rusos conocen perfectamente mi rostro. Si alguno de ellos está todavía en Niza…

—Ya he pensado en eso, Dennis, claro está. Iréis directamente a mi «base» central en Niza. Allá estaréis seguros hasta que yo regrese con los pasaportes.

—Bien… Si crees que es lo más conveniente…

—Lo creo. Son las… cuatro y cinco. Me temo que de nuevo tendremos que ser clientes de la «Air France». A las ocho de la mañana sale un avión, destino Túnez, que hace escala obligatoria en Niza. Tomaréis ese avión.

—Bien.

—Una vez en Niza, os dirigiréis al número ciento uno de la Avenue des Diables Bleus. Eso está al final de la Rue de la République, hacia la derecha… Justamente de la Avenue des Diables Bleus se llega a la Grande Corniche… Os doy tantos detalles por si no os parece conveniente tomar taxis o cualquier otro servicio de transporte. ¿Recordáis bien la dirección?

—Claro: ciento uno, Avenue des Diables Bleus.

—Correcto. Allá preguntaréis por un hombre llamado Paul Nepote. El número ciento uno es una pequeña villa muy florida y bonita, aunque algo vieja. Un lugar delicioso. Nepote es un hombre como de cincuenta años, cabellos entrecanos, estatura mediana, ojos oscuros; parece uno de esos oficiales de película, retirados a la vida civil. Tan sólo tenéis que decirle que os envía «el diablo de Joe C. Douglas». ¿Correcto?

—Correcto.

—Tened en cuenta la posibilidad de que no sea Nepote quien os reciba. Por eso os lo he descrito. Aseguraos de que es él y no otro.

—¿Crees que han podido encontrarle y suplantarle?

—Todo es posible en este asunto. Si no hubiesen estropeado las emisoras de Vitré y Morlet, en seguida habríamos sabido a qué atenernos, pero en estas circunstancias hemos de andar muy

precavidos. Mucho me temo que las direcciones de René Vitré y Henri Morlet las hayan conseguido los rusos torturando a Paul Nepote.

—¿El las conoce?

—Ya te he dicho que, contra todo lo presumible, tengo mi «base» central en Niza, Dennis. Paul Nepote es mi hombre de confianza francés. Sabe casi tanto como yo —sonrió acremente— y quizá más, puesto que él es la emisora central y recibe todos los mensajes.

—Hay un detalle…

—¿Sí?

—¿Viste a Paul Nepote antes de salir nosotros tres de Niza?

—Sí.

—¿Y todo estaba bien allá?

—Sí.

—Entonces alguien debió seguirte a la villa donde opera Nepote, esperó a que marchases y lo apresaron. Desde ahí, quizá enviaron las direcciones que le arrancaron a Nepote a otros rusos.

—Es más que posible, Dennis. Por eso quiero ir a París, mientras vosotros voláis hacia Niza. Quiero asegurarme de que mis muchachos de París están bien y ponerlos sobre aviso. No me perdonaría que ocurriese lo mismo que aquí y en Marsela a los muchachos del número treinta y dos del Boulevard des Capucines.

—¿Ésa es la dirección de los compañeros de París?

—Exactamente. Bien, ¿tenéis alguna duda?

—Ninguna.

—Entonces no hay más que hablar… Saldré yo primero. Alquilaré o compraré un coche rápido y espero llegar a París hacia las nueve de la mañana; la carretera es buena hasta allí. Vosotros salid de aquí dentro de cinco minutos y volved al aeropuerto. Tened cuidado…

Tendió la mano a Dennis, que la estrechó fuertemente, en silencio. Luego, la tendió a Nancy. La muchacha aceptó la mano, pero ya no la soltó.

—Voy… voy contigo hasta la puerta, Joe.

Éste miró a Dennis y vio la condescendiente sonrisita del hermano de Nancy.

—Bien… Hasta la vista, Dennis. ¡Suerte!

—¡Suerte, Joe!

Nancy y Joe bajaron el estrecho tramo de escaleras que llevaba a la calle, dejando solo a Dennis Carroll.

Una vez abajo, a oscuras, Nancy echó los brazos el cuello de Joe y sus labios buscaron los del agente especial del
F. B. I.
Los encontró en seguida. Joe la estrechó fuertemente mientras se besaban, captando la desesperación de la muchacha.

—Joe… Joe…

—No te preocupes, Nancy… Volveremos a vernos… Sería la primera vez que alguien derrota a Joe C. Douglas. Y, además, yo quiero volver a verte…

Se besaron de nuevo, más apasionadamente que antes…

* * *

Arriba, metido en el despacho de Henri Morlet y con la puerta cerrada, estaba Dennis Carroll. Se había quitado los zapatos, que estaban sobre la mesa; los tacones habían sido arrancados y un pequeño radiorreceptor había salido de ellos, a piezas.

Dennis manejó éstas muy hábilmente hasta encajarlas convenientemente.

Entonces comenzó a hablar en francés:

—He tenido que matar a Orlov —dijo—. Douglas lo hubiese hecho hablar; estoy seguro de que lo habría alcanzado. Douglas sale hacia París, ahora. Ve a París, recoge a Stanovitch y Gorian, y dirigiros al treinta y dos del Boulevard des Capucines, donde Douglas tiene otro de sus servicios de contacto. Matadlos y destruidlo todo. No sigas a Douglas en la carretera, adelántate a él ahora mismo. Has de llegar antes. Cuando Stanovitch, Gorian y tú hayáis matado al hombre de Douglas, esperad a éste y matadlo también. Yo salgo hacia Niza en avión, pues me he enterado de que la base operatoria de Douglas está allá, en el ciento uno de la Avenue des Diables. Yo me encargo de esto. Cuando acabéis en París, regresad a Niza. Nos veremos en el lugar donde tú sabes, Berinoff. Y en Niza espero conseguir la lista del grupo de Douglas. Matadlo, aseguraos bien: es un hombre demasiado listo, pues ha conjeturado con toda exactitud cuáles son nuestros propósitos. ¿Entendido? Cambio.

—Entendido. ¿Algo más?… Cambio.

—Nada más. Cambio y corto.

Dennis Carroll desmontó rápidamente la diminuta radio y la encajó de nuevo en los tacones de sus zapatos. Se los puso y salió del despacho.

Nancy estaba en uno de los sillones. Alzó la cabeza al oírlo.

—Pronto amanecerá —dijo—… ¿Nos vamos ya?

—A toda prisa. Lo más fastidioso es tener que esperar esas tres horas largas hasta que salga el avión a Niza.

CAPÍTULO VII

Había una cadenita a un lado de la verja. Dennis Carroll tiró de ella y, a lo lejos, oyó el tañido de una campanita. Sonrió ante aquella bucólica presentación que iba a efectuar en «beneficio» de Paul Nepote.

—Quizá no haya nadie —musitó Nancy.

—Tiene que haber alguien.

La mañana era espléndida. Apenas las diez, y ya todo restallaba en multicolor aspecto, ligero, alegre. Del pequeño jardín de la villa del 101 de la Avenue des Diables Bleus, llegaba el suave olor de los últimos mirtos y adelfas. También se veían un par de naranjos.

Sí.

Muy bucólico.

La puerta de la villa se abrió y apareció un hombre cuya descripción encajaba exactamente en la que Joe C. Douglas había hecho de Paul Nepote, su hombre de confianza francés. Un tipo apuesto, de mirada inteligente y porte que recordaba a un militar.

Llegó ante la verja y preguntó:

—¿Digan?

—¿Señor Nepote? —sonrió Dennis.

—En efecto.

—Soy Dennis Carroll, del

F. B. I.

Vengo de parte «del diablo de Joe Douglas».

Paul Nepote sonrió ampliamente. Miró con simpatía a Nancy, abrió la puerta de la verja y los dejó pasar.

—Bien venidos…

—Gracias.

—¿Le… ha ocurrido algo a Joe?

—Han ocurrido muchas cosas a todos, señor Nepote… ¿Todo va bien por aquí?

—Siempre va todo bien por aquí —sonrió Nepote—. Joe no permite que nada estropee nuestro trabajo. Es un gran tipo, inteligente, audaz… y muy terco. Si se propone algo, lo logra o pierde el pellejo en el trabajo. Y hasta ahora conserva el pellejo… Pero, Carroll, ¿no tenían que estar usted y su hermana en París, a estas horas?

—Ya le he dicho que han pasado muchas cosas…

—Lo sé. —Nepote se mordió los labios—… Las emisoras de René y Henri no contestan.

—Los han matado.

Paul Nepote abatió la cabeza.

—Me lo temía… Pasen, por favor.

Habían llegado a la casa. Nepote empujaba la puerta, cediendo paso a los Carroll. Entraron los tres en la casa y el francés cerró la puerta.

Bucólico.

La luz del sol entraba en finas franjas a través de las secciones de la persiana graduable, dando al «*living-hall*» un aspecto apacible, aislado, sedante. Había grandes macetas por los rincones y su verdor parecía llenar de fresco el ambiente. Los muebles no eran modernos, pero estaban bien cuidados, limpios. Había cuadros, un espejo, un mueble-bar con
«hi-fi»
y televisión… No era, ni mucho menos, un lugar que pareciese habitado circunstancialmente.

—Vive usted muy agradablemente, señor Nepote.

—Eso intento. Joe vive conmigo aquí. Le diré que por lo general no acepto de buen grado la estrecha convivencia con ustedes los americanos. Algunos —sonrió cortésmente—, como usted y su hermana, me resultan simpáticos a primera vista. Otros, como Joe, me encantan como compañeros.

—No quisiera parecerle rudo, señor Nepote, pero, si no acaba de congeniar con los norteamericanos…, ¿por qué trabaja para nosotros?

—Usted tendría que conocer más a fondo a Joe. Él es capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa. Lleva seis años en

Francia, enviado por el
F. B. I.
En esos seis años ha montado una red de espionaje y contraespionaje de mallas muy espesas. Mmmm… Puede decirse que ha realizado una asombrosa labor personal. Eso lo saben en Washington.

Imagínese: para el canje de usted por el ruso Parel Masaryk podían haber enviado a un par de agentes que se encargasen de todo, sin necesidad de comprometer nuestra red aquí, en Francia. Si no lo han hecho es porque confían plenamente en la capacidad de Joe C. Douglas. Créame, muchacho, es muy difícil tomarle el pelo a un hombre como él. Además. —Nepote sonrió otra vez—, consigue que los franceses adictos al
F. B. I.
cobremos unos sueldos muy agradables. Y…, claro, ésta es otra de las razones por las que yo y otros como yo nos arriesgamos en este trabajo.

—Voy entendiendo que ustedes consideran a Joe como… como invencible.

—Nadie es totalmente invencible. Pero, dentro de las probabilidades que tiene cada hombre de ser invencible, Joe se lleva un buen porcentaje. Es listo como un demonio, se lo aseguro… Ustedes deben estar orgullosos de él.

—Así es…

Una mujer apareció por una de las puertas que daban al «*living hall*», y Dennis Carroll se la quedó mirando un poco sobresaltado.

—No se inquiete —explicó Nepote—, es mi esposa. Jeannine, éstos son los hermanos Carroll, ya sabes.

Era una mujer como de cuarenta y cinco años, asombrosamente esbelta y hermosa, de grandes ojos azules, piel tostada, modales elegantes. Aceptó la presentación con una sonrisa.

—¿Han desayunado algo? —preguntó.

—Seguro que no —intervino Nepote—. Deben haber venido directamente aquí desde el aeropuerto… ¿No es así?

—En efecto —sonrió Dennis—. Y, ciertamente, ahora que se habla de ello, creo que tengo un apetito atroz. ¿Y tú, Nancy?

—También —sonrió encantadoramente la muchacha.

—Les prepararé algo en seguida… ¿Lo llevo al despacho, Paul?

Nepote se acarició la firme barbilla.

—Será lo mejor. Si alguien viniese es mejor que no los vean. Vengan conmigo.

Jeannine Nepote desapareció. Su marido condujo a los Carroll hacia otra de las puertas, la abrió y apareció a la vista un pequeño despacho, normal en todo. Pero a la izquierda de la puerta la normalidad desaparecía. Nepote apretó la baldosa del rincón y una pequeña puerta se abrió en la pared.

El francés entró, haciendo señas a los Carroll de que le siguiesen. Los tres ya dentro, la puerta fue cerrada de nuevo. Era un cuarto estrecho y alargado, con un armario al fondo, en el sentido longitudinal, y un catre estrechísimo junto a él. En la otra punta había un mostrador de pared a pared, y, encima, todo cuanto haría pensar a cualquiera en un laboratorio fotográfico. Aquel cuarto debía medir cuatro pies de ancho por catorce o quince de largo.

—Está entre dos habitaciones —explicó Nepote—. Así queda camuflado aceptablemente. Además, en el caso de que en alguna ocasión fuese descubierto, siempre queda la factible explicación de que es un laboratorio fotográfico para aficionado. Claro está que yo no soy precisamente un aficionado —sonrió—. He revelado aquí muchos microfilms y he hecho no pocos arreglos fotográficos.

—¿Es un experto en fotografía?

—Entre otras cosas…, modestamente. Por ejemplo, en radio.

—No veo aquí…

—La verá en seguida.

Paul Nepote tiró de la tabla frontal del mostrador, y una emisora apareció ante los ojos de los Carroll. Una emisora que resultaba reveladora para cualquiera que entendiese; una emisora de tal potencia que no podía ofrecer problema de ninguna clase…

Dennis Carroll silbó admirativamente.

—Interesante, ¿verdad? —preguntó Nepote.

—Muy interesante.

De pronto, el francés se volvió velozmente hacia ellos, con una pistola encajada en su mano como por arte de magia. Su rostro amable adoptó bruscamente una expresión dura, fría.

—Muy bien —gruñó—. Colóquense allá, al fondo. Siéntense en la cama. ¡No se mueva, Carroll!

Dennis y Nancy habían palidecido. Dennis murmuró:

—¿Qué… significa esto, Nepote? ¿Es usted un traidor?

—No conseguirá hacerme reír, Carroll, con estupideces semejantes.

—Oiga, está usted…

—¿Equivocado? ¿En qué?

—Si usted no es un traidor…

—Si no soy un traidor tengo que hacerles una pregunta muy lógica, Carroll. Y es ésta: ¿dónde está Joe?

Dennis Carroll suspiró como quien se quita un peso de encima.

—Me había asustado —sonrió—. Joe partió hacia París desde Lyon, a las cuatro de esta madrugada. Sucedió que…

Explicó lo ocurrido durante el viaje. Poco a poco, la expresión hosca y dura de Paul Nepote fue cambiando. Para cuando Dennis acabó la explicación, el francés ya había guardado la pistola.

—Siento haberles dado este susto. Pero no puedo fiarme de nadie. Por lo general, Joe siempre me comunica sus movimientos. Claro que, estando estropeadas las emisoras de René y Henri… Tendrán que perdonarme.

—No sólo le perdonamos —murmuró Dennis—, sino que alabamos su astuto comportamiento al confiarnos mientras, en realidad, desconfiaba de nosotros.

—Era lo lógico: no podía recibirles a tiros. Bien… Voy a probar otra vez ponerme en contacto con París…

Lo estuvo intentando durante unos minutos. Por fin se volvió hacia los Carroll, desalentado.

—Nada… No contestan…

Dennis se puso en pie y se acercó a él.

—Eso quiere decir —susurró fríamente— que todo ha salido muy bien, Nepote.

—Querrá decir…

La pistola que Joe había proporcionado a Dennis Carroll se clavó en la garganta de Paul Nepote firmemente asida por la mano derecha de Carroll; mientras, la izquierda arrebataba a Nepote su arma.

—He querido decir lo que he dicho, Nepote. Al decir que todo ha salido muy bien, no me he equivocado. Sus amigos de París, al igual que los de Marsella y Lyon, están muertos por mis compañeros en este trabajo.

—Carroll, no… le entiendo…

—Lo entenderá en seguida. No me llamo Dennis Carroll, sino León Zukanov.

—¡No!

—Sí —sonrió Carroll.

—Pero ella… ella es…

—Gerta Zukanov, mi hermana. Supimos por las listas de pasajeros del aeropuerto que había llegado la auténtica Nancy Carroll, y nos apoderamos de ella. Gerta y uno de mis amigos estuvo siguiendo luego a sus amigos americanos. Había un peligro: Milton Lehman, que conocía al verdadero Dennis Carroll y a Nancy Carroll. Además, lógicamente, debía llevar fotos identificativas de Dennis Carroll. Gerta y nuestro compañero las cambiaron en la villa de Mont Boron. Simularon que sólo se había intentado un robo y que a Lehman habían querido matarlo cuando descubrió al ladrón… No murió, pero quedó fuera de lid, que a fin de cuentas era lo único que nos interesaba, por el momento. Tenía la cabeza muy dura, mucho. Lástima que Gerta vio acercarse a Joe y mi compañero tuvo que huir sin acabar de romperle la cabeza a Lehman. Luego, Gerta hizo una buena farsa. Y como Lehman no estaba en condiciones de identificar a nadie, cuando a mí me canjearon como si fuese Dennis Carroll, y Gerta me abrazó tras «identificarme» como a su hermano Dennis, todo empezó bien… para nosotros, por supuesto.

—Usted… dirigió la muerte de René Vitré y Henri Morlet…

—A René Vitré lo maté yo mismo, después de conseguir que me apuntase la dirección de Henri Morlet en Lyon…, «por si a Joe le ocurría algo». Di esa dirección a uno de mis compañeros, y ellos fueron en busca de Morlet. Actuaron lentamente, pues Joe y nosotros llegamos cuando aún estaban intentando arrancarle direcciones a Morlet. Tuve que matar a uno de mis amigos, pero… habrá valido la pena. Sobre todo ahora, Nepote, en que usted, eje del Servicio de Comunicaciones de Douglas, va a decirnos muchas cosas… ¿No es cierto?

—No diré nada.

—¿No? Entonces tendré que intentar convencerle… Y como no me gusta perder el tiempo no voy a meterme con usted, Nepote, sino con su bella y elegante esposa.

—No… no hará eso…

—Ya verá que sí, Nepote.

—Joe… lo… lo destrozará a usted…

—Joe C. Douglas debe estar muerto ahora, Nepote. Envié a un amigo mío a París. Allí se habrá reunido con otros dos, y en estos momentos debe haber sangre abundante en el número treinta y dos del Boulevard des Capucines…

—No… ¡No!

—Le aseguro que sí.

—No es posible…

—¡No sea idiota! ¿Por qué cree que no le contesta Paris? Joe Douglas ha muerto ya. Voy a cumplir esa misión que me asignó, Nepote. Y usted va a ayudarme, de buen grado o a la fuerza. No olvide a su esposa. Quiero todos los nombres y direcciones de los compañeros americanos y de los franceses que trabajan para Douglas, en Francia. Ésa es mi misión y la voy a cumplir. Para otra vez, aprenderán que el canje de un espía por otro les resultará más conveniente en Berlín. Pero para esta vez, mucho me temo que no va a quedar más que humo de la organización que Joe C. Douglas ha conseguido en seis años de inteligente trabajo… Y ya ve que siempre se puede encontrar alguien más listo que Douglas.

Una voz dijo, detrás del ruso:

—¿Usted, Zukanov, por ejemplo?

CAPÍTULO VIII

León Zukanov quedó como petrificado por un Instante. Inmediatamente se volvió velozmente, adelantando ya la mano que empuñaba la pistola…

¡Plop!

Zukanov recibió el balazo en el hombro derecho, giró sobre un pie y cayó sobre Paul Nepote, que se lo quitó de encima rudamente y recogió la pistola del ruso y la que éste le había arrebatado. En el acto apuntó a la petrificada impostora Nancy Carroll, yendo hacia ella y sentándose a su lado en el camastro.

Desde el suelo, en muy incómoda postura y con el hombro lleno de sangre, León Zukanov miraba a Joe C. Douglas, que todavía estaba dentro del armario del fondo de la estrecha y larga habitación, con su pistola en la mano.

—Douglas…

Joe salió del armario, sonriendo cruelmente.

—Para servirle, León Zukanov —deslizó—. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Matarme.

—Todo llegará, todo llegará… Pero de momento quiero dejar aclarada una cosa. Yo, Joseph Carson Douglas soy, efectivamente, un hombre inteligente. Por lo menos, Zukanov, admita que lo soy más que usted. ¿No es cierto?

—Lo es, desde el momento en que no está en París, sino aquí.

—Celebro que admita eso. ¿Sabe? No es difícil alquilar un avión cuando se tiene abundante dinero… Y el
F. B. I.
no es tacaño, Zukanov, no repara en gastos. Gracias a eso estoy vivo… y le tengo a usted prisionero.

—Usted está vivo, pero no sus compañeros de París.

—Querrá decir los suyos, Zukanov.

—He dicho…

—Y yo digo que son los suyos los que han muerto. ¿Por qué cree que le dije tan lindamente la dirección de mis hombres en París? ¿Para que les ocurriese lo mismo que a Rene Vitre y Henri Morlet? Sabía que sus hombres irían allá mientras usted venía en busca de Paul Nepote. Así que me limité a poner un telegrama urgente en el que decía, simplemente: «Esperad visita indeseada con máximas precauciones. Joe». Eso es todo lo que necesitan mis muchachos para saber lo que tienen que hacer, Zukanov.

—¿Entonces…?

—Entonces, sus tres amigos están ahora muertos. Excepto uno, mejor dicho, que quizá viva lo suficiente para decirnos un montón de cosas.

León Zukanov inclinó la cabeza.

—¿Cómo me descubrió?

—Fue como un relámpago de inteligencia. Encontré en el hombre que usted mató en Lyon la dirección de Henry Morlet, escrita de puño y letra por Rene Vitre. A Henri Morlet le habían torturado, pero no a Rene Vitre. Entonces estaba claro que si Rene había facilitado la dirección de Morlet sin que lo torturasen, era porque la había facilitado a quien él creía amigo, sin violencias ni torturas. Y… ¿qué otro amigo sino usted lo había visitado, con intenciones de seguir viaje hacia Lyon, Zukanov? Nadie. Sólo usted, el hombre que él creía era Dennis Carroll. Cuando encontré el papel en el bolsillo del hombre que usted mató y me dije que Rene no había sido torturado, pensé: «Dennis llega, le pide la dirección, lo mata, pasa la dirección de Morlet a Sus amigos y me espera para hacer bien el papel de desorientado y defensor del punto que significaba la emisora de Rene». ¿No fue así, Zukanov?

—Así fue.

—Y también pensé en todo aquel lío del garaje de la villa de Mont Boron, las heridas de Lehman, las fotografías tiradas por el coche… Cuando empecé a pensar, todo empeoró para usted y su hermana, Zukanov. Sólo me resta felicitarles a los dos por lo bien que han representado su papel de ciudadanos norteamericanos. Confieso que al principio me engañaron. Supongo que ustedes son

alumnos de una de esas escuelas rusas de espionaje donde viven durante muchos años como ciudadanos norteamericanos.

—Suponga lo que quiera.

—Desde luego —sonrió fríamente Joe.

—Y se ha equivocado en algo, Douglas; le resta algo más que felicitarnos.

—¿Sí? ¿Qué es ello?

—Recuperar a su compañero, el auténtico Dennis Carroll. Y a su hermana, que está en nuestro poder.

—Ya he pensado en eso. Los voy a canjear por ustedes.

—¿Sí? —se burló Zukanov—. ¿Y cómo va a hacerlo? Ya no tiene ningún contacto con los míos. No creerá que Irina Masaryk estará siempre a su disposición, ¿eh?

—También eso está pensado, Zukanov. Paul, saca de aquí a la mujer.

—Bien, Joe.

Nepote y la falsa Nancy salieron del cuarto. Joe ayudó a Zukanov a ponerse en pie y lo sacó de allí. Cuando pasó al despacho, León Zukanov se llevó otra buena sorpresa. Allá estaban los compañeros de Douglas: Pete y Rob. Y otro hombre. Un hombre que Zukanov reconoció al instante, pero que simuló no conocer. Gerta Zukanov se mordía *los* labios, también sorprendida.

Joe se sentó a la mesa del despacho, encendió un cigarrillo y miró a los Zukanov irónicamente. Con el cigarrillo señaló al hombre que estaba entre Pete y Rob.

—¿Le conoce, Zukanov?

—No.

—¿No? Yo le diré su nombre. Se llama Sayarian, y es uno de los hombres que estuvieron en el yate italiano «Maresca» con usted cuando lo del canje en el mar, frente a San Remo. Oh, vamos, no nos crea tan tontos. Nosotros también conocemos nuestro trabajo, Zukanov.

—¿Cómo lo apresaron?

—Mérito exclusivo de Rob y Pete —sonrió Joe—. Según parece, su amigo Sayarian es un «residente» en San Remo. Después de alquilar el yate a su nombre debía partir de Italia a toda prisa… Pero no se dio la prisa suficiente. «¿Non é vero, Sayarian?».

El otro ruso no contestó, cosa que no hizo perder a Joe su

sonrisa engañosamente simpática.

Joe prosiguió:

—Y ahora, señores, vamos a acabar la operación «Juego Limpio», que, en realidad, ha resultado una cochinada más de ustedes… No volverá a suceder nada semejante. Y por si no lo ha pensado, Zukanov, quiero hacerle ver que, al final de la partida, ustedes habrán perdido más que nosotros, pues hemos aprendido la lección de tal modo que ya no podrán darnos ninguna más. Atienda. Sayarian va a quedar libre. Irá a ver a sus amigos de Italia, Zukanov, y les propondrá un nuevo canje: usted y su hermana por los Carroll. En este mismo sitio, y esta vez de verdad, pues Lehman ha recobrado el conocimiento y vendrá con nosotros en la embarcación que utilicemos. Esta vez tendrán que ser los Carroll, no lo dude. Si sus amigos no aceptan, usted y su hermana morirán, Zukanov…, pero a su debido tiempo, claro. Y quítese eso de la cabeza. Sus amigos no podrán venir aquí a salvarlo como sea, porque Sayarian no sabe dónde está. Ha sido traído aquí con los ojos vendados —al oír esto, Rob alzó un pañuelo grande, doblado convenientemente—, y será llevado a la carretera de Italia del mismo modo. Ya lo ha oído, Sayarian. Dentro de dos días en el mismo sitio. ¿Alguna duda? ¿Quieren que lo repita todo en ruso? ¿No? Rob, Pete, lleváoslo ya.

Los dos agentes del
F. B. I.
vendaron los ojos a Sayarian y salieron del despacho. Poco después, se oía el motor de un coche, que se alejaba de allí.

—Coche cerrado, por supuesto —sonrió gélidamente Joe, mirando a los Zukanov—, ya que no interesa que nadie preste atención a un hombre con una venda en los ojos.

León Zukanov estaba muy pálido, crispado su rostro por el dolor que sentía en el hombro herido.

—Me estoy desangrando…

Paul Nepote salió del despacho, sin comentario alguno. Joe continuó sentado tras la mesa, fumando impasible. Gerta Zukanov ayudó a su hermano a acomodarse en un sillón. Ni siquiera había intentado recordar a Joe que entre ellos había habido besos. No se engañaba a sí misma: si ella era capaz de besar fingiendo lo que no sentía, Joe Douglas merecía la calificación de maestro en la mentira

de los besos.

No había nada que hacer.

Sólo susurró:

—¿No ha oído a mi hermano?

—Lo he oído…, Nancy.

—Se está desangrando…

La expresión de Joe fue más fría y despiadada que nunca.

—Es realmente lamentable —deslizó.

Y se repantigó en el sillón.

Capítulo XI

Eestavez, los hombres del
F. B. I.
utilizaron una rápida lancha de recreo de no menos de veinticinco pies de eslora. Casi un yate, pero con una velocidad superior y una maniobrabilidad más fácil y ligera.

Nombre: «Mouette»[2].

La habían abordado, con los Zukanov, a las tres de la madrugada. A bordo estaba esperando Milton Lehman, todavía pálido y no poco débil, pero ya útil su inteligente mirada. No hizo comentarios al ver a los dos rusos. Se limitó a mirarlos fijamente y a continuar fumando.

Al amanecer, la lancha partió hacia aguas italianas, manejada por el experto Pete.

En cubierta, Pete y Rob vigilaban el mar, con prismáticos Rob y a simple vista Pete mientras manejaba el volante de la lancha. El mar estaba azul pálido, transparente, y en algunos puntos parecía tornarse verde y morado. Las gaviotas volaban ya silenciosamente por encima de ellos, lanzándose de cuando en cuando en veloz picado, un tanto torpón.

En la salita de la embarcación estaban Joe Douglas, Milton Lehman y los Zukanov.

Los agentes del
F. B. I.
no perdían de vista a los rusos que, por otra parte, no parecían tener intenciones agresivas. Lo cual habría resultado realmente difícil, teniendo en cuenta el estado de León Zukanov.

Éste llevaba una venda sujetando su hombro y pecho, pero la bala continuaba incrustada en la carne, de modo que el ruso tenía

fiebre alta y continuamente parecía a punto de desvanecerse.

Gerta Zukanov lanzaba de cuando en cuando miradas asesinas a Joe, que, o no las captaba o simulaba no captarlas. Por muchas miradas de aquella clase que le dirigieran, él no iba a recurrir a los servicios de un médico francés para que extrayese la bala del hombro a Zukanov. Unos golpes como los de Milton Lehman pueden tener siempre una explicación más o menos verosímil en la vida normal y corriente de un hombre. Una bala, siempre significa que las actividades de quien la recibe se salen de lo corriente, o que se ha visto en una situación creada por otra persona que puede ser la que no es corriente.

Aparte de todo esto, León Zukanov, en opinión de Joe, no era otra cosa que un asesino que merecía aquel trato.

—¿Crees que vendrán? —preguntó de pronto Lehman.

—Vendrán.

—¿Esa seguridad…?

—Supongo que ya lo has comprendido, Milton. Ellos van a devolvernos a los Carroll a cambio de los Zukanov. En este caso, los Zukanov son más importantes, si tenemos en cuenta que Dennis Carroll es un limón ya exprimido y que no les interesa demasiado. En cambio, les interesa que nosotros no exprimamos a los Zukanov. Aceptarán el canje, ya lo verás.

—Eso había pensado yo. Me alegra comprobar que mi cabeza todavía funciona, a pesar de esto.

Tocó suavemente la venda que cubría su cabeza de cejas arriba.

Joe sonrió.

—Siento haberte arrancado de la cama, Milton.

—Me gusta el mar —sonrió también Lehman—. Y todo estará bien con tal de volver a ver a Nancy y Dennis. Esto… A los auténticos, ¿eh?

Lanzó una mirada de reojo a los Zukanov y mostró su disgusto con una mueca.

Los Zukanov estaban entre él y Joe en un rincón del asiento acolchado, con cubierta de plástico azul en forma de escuadra. Delante, tenían una mesita, con bocadillos y cerveza, que los Zukanov ni siquiera habían mirado. No era el momento de tener apetito.

Mientras el radiante sol entraba por las circulares ventanillas,

los Zukanov se hallaban sumidos en sombríos pensamientos relacionados con las consecuencias de su fracaso, del cual les pedirían cuentas los suyos. Aparte del fracaso en una misión, estaba el hecho indiscutible de que habían quedado completamente inutilizados.

Los del F. B. I. tenían ya sus fotografías y huellas dactilares, merced al trabajo de Paul Nepote. En aquellos momentos, tanto las fotos como las huellas debían estar ya en Washington. Los Zukanov quedaban fuera de la circulación mundial. En cambio, Lehman y Douglas podrían continuar su trabajo regresando a Estados Unidos. Con un poco de suerte y un mucho de benevolencia, los Zukanov quizá todavía fuesen útiles… dentro de Rusia. Cosa poco probable, teniendo en cuenta que habían sido entrenados durante años para poder pasar por norteamericanos corrientes.

Pero quedaban más.

Muchos más.

Y los enviarían…

—¡Eh, Joe!

León Zukanov se estremeció, regresando de sus sombríos pensamientos. Su mirada buscó a Joe Douglas, que se había puesto en pie y caminaba hacia las escalerillas.

—Cuidado con ellos, Milton.

—Tranquilo, Joe.

Éste salió a cubierta, seguido por las miradas de los Zukanov. A su vez, Lehman no perdía de vista a éstos. Se oyeron las voces de Joe y Rob en cubierta.

La lancha bandeaba suavemente. Se oía el rezumar del agua contra los costados…

Gerta Zukanov se movió, y Milton Lehman la miró vivamente, moviendo su mano hacia la pistola con silenciador que llevaba metida entre los pantalones y la camisa.

Pero la rusa se limitó a coger una de las botellas de cerveza, moviéndose muy despacio, dando a entender que quería evitar malentendidos. Bebió directamente de la botella, despacio, con los ojos cerrados, bajo la expectante mirada de Lehman. León Zukanov parecía sumergirse otra vez en su sopor sombrío.

Arriba ya no se oía nada. Pero, de pronto, los motores de la lancha comenzaron a perder revoluciones. La embarcación retembló suavemente, y la oscilación se hizo notar más.

Estaban llegando al punto de contacto… o habían llegado ya.

Gerta Zukanov apartó la botella de sus labios y abrió los ojos. Siempre despacio, acercó la mano con la botella a la mesita, mirando de pronto, con interés, hacia la escalerilla que llevaba a cubierta.

Milton Lehman reaccionó brevísimamente, tal como se había esperado: miró hacia la escalerilla…

Y la botella de cerveza, manejada furiosamente por Gerta Zukanov se estrelló contra su nariz, sin romperse, pero manchándolo de la cerveza que quedaba.

Fue un golpe terrible, durísimo, que empujó la ya dolorida cabeza de Milton Lehman contra el respaldo del asiento, al mismo tiempo que la mano Izquierda de León Zukanov se movía a toda velocidad hacia la cintura del agente.

Pero la derecha de éste había comenzado antes a moverse, y cuando la de Zukanov llegó a donde estaba la pistola, sólo pudo asir la mano de Lehman, que ya la estaba empuñando, mientras con un rodillazo se quitaba a Zukanov de encima…

—¡Joeee!… —llamó Lehman.

Gerta Zukanov había roto la botella contra el borde de la mesa, y ya estaba echando la mano hacia atrás con el resto del cristal, cuyas aristas agudas brillaron al apacible sol de la mañana, verdes y marrones…

La mirada de la rusa estaba fija en la garganta de Lehman, Implacable la expresión, resuelto el gesto.

Todo o nada.

Lehman acabó de sacar y se ladeó justo cuando las brillantes puntas que podían haberle desgarrado la garganta iban hacia él. Volcó la mesa y rodó por el suelo, mientras la botella se clavaba en el plástico y lo rasgaba.

Se oían ya las pisadas precipitadas de Joe en la cubierta, en la punta de la escalerilla, cuando León Zukanov asestaba un duro puñetazo a estilo de maza en la frente de Lehman, que perdió por completo el color y se relajó tanto que Zukanov le arrebató la pistola y la volvió contra él. Pero Milton Lehman también sabía que

para él aquello significaba todo o nada, vivir o morir; así que consiguió mantenerse lo suficiente firme para asir con sus dos manos la izquierda de Zukanov, cuyo dedo se crispaba sobre el gatillo, mientras Gerta Zukanov, sobre los dos hombres que luchaban en el suelo, esperaba el momento de volver a utilizar el gollete de la botella…

¡Plop!

El dedo de Zukanov apretaba el gatillo cuando Joe Douglas aparecía allí como una centella, lista la pistola.

Y Joe fue quien mejor lo vio.

Gerta Zukanov se quedó inmóvil y abrió mucho los ojos. La botella cayó al suelo y las manos de la rusa ascendieron hacia el seno izquierdo, crispándose por debajo, como garras…

—Le… on…

Joe dio dos pasos, alzó la pistola y la dejó caer sobre la cabeza de León Zukanov, que se relajó en el acto, con lo que Milton Lehman dominó en seguida la situación, recuperando su pistola y mirando hacia la mujer.

Ella continuaba en pie, incrédula ante su propio destino. Joe quiso sostenerla, pero ella cayó hacia atrás antes de que lo consiguiese. Quedó sentada en el largo asiento, ladeada la cabeza, brillantes los ojos, que se iban cristalizando.

Joe le quitó las manos del pecho y alzó cuidadosamente el seno izquierdo. Allá estaba el agujero. La bala había clavado la tela en la carne y ahora la sangre iba saliendo despacio, sin escándalo…

Cuando Joe alzó la mirada hacia los ojos de Gerta Zukanov, ya no había vida en ellos. Estaban fijos, inmóviles…

—Está muerta —susurró Lehman, que apenas podía sostenerse en pie.

Joe se volvió hacia la entrada. Rob y Pete estaban allí, cada uno empuñando su pistola.

—Volved arriba. Y aquí no ha pasado nada. ¿Entendido?

Los dos agentes volvieron a cubierta como si, en efecto, allí no hubiese ocurrido nada.

—Lo siento, Joe… La culpa fue mía. Sólo un instante…

—Está bien, Milton, no te preocupes. Ellos tenían que intentarlo a la menor oportunidad y creyeron tenerla. Por todos los medios tenían que vencernos, para unirse ahora victoriosos a sus amigos…,

que están ya esperando el canje, cerca de nosotros.

Sólo entonces se dio cuenta Lehman de que la lancha se había detenido por completo.

—No podremos hacer el canje, ahora…

—¿Quién te ha dicho que no?

—No intentarás…

—¡Claro que lo intentaré!

Cogió una botella de cerveza, la destapó y la vació sobre la cabeza de León Zukanov, que se agitó, parpadeó… Joe le agarró del brazo sano y le puso en pie de un tirón.

—Arriba, Zukanov. Sus amigos les están esperando…

El ruso vio entonces a su hermana, todavía sentada, con la mancha de sangre apenas visible sobre la roja blusa, pero tan reveladoramente abiertos y fijos los ojos que no había ninguna pregunta que formular.

—Usted la ha matado… —Gruñó Joe—. ¿Qué intentaban? ¿Creen que hubiesen conseguido algo aun matando a Lehman?

Zukanov intentó acercarse a su hermana, pero Joe lo empujó rudamente hacia la escalerilla.

—No tengo tiempo para perder permitiéndole reacciones humanas, Zukanov. Suba a cubierta. Rob, ¡ahí sube Zukanov!

Desde abajo se vieron los pies de Rob en el borde de la escalerilla y la cubierta. León Zukanov se dirigió hacia allí y comenzó a subir.

—Milton, coge los prismáticos y sube también a cubierta. Asegúrate de que son los Carroll los que saltarán al agua.

—Está bien… ¿Dónde…?

—Oh, es cierto, los tiene Rob. Pídeselos. Asegúrate…

—Los conozco muy bien, Joe. No hay cuidado sobre eso… ¿Te ayudo?

—Apenas puedes sostenerte en pie. Sube delante.

Lehman vaciló, mirando a Gerta Zukanov, a la cual estaba cargándose Joe en un hombro.

—Ellos se darán cuenta…

—No se darán cuenta. Y si así fuese… pues mala suerte. Arriba, Milton.

Lehman no dijo nada más. Subió a cubierta, seguido de Joe, que llevaba a Gerta en un hombro. Para subir a cubierta, Joe fue

inclinándose a medida que ascendía los peldaños, de modo que su nivel no sobrepasase el de la borda. Finalmente, tuvo que echarse al suelo y, caminando de rodillas, arrastrar a Gerta Zukanov hasta la base de la borda.

—¿Qué está haciendo? —murmuró León Zukanov.

—Cállese.

—Oiga, si cree…

—Cállese o le parto el cuello, igual que hizo usted con Rene Vitre. Atienda, Zukanov, es un buen consejo: cállese.

León Zukanov llegó, por fin, a la conclusión de que lo habían engañado. No se estaba enfrentando a hombres pusilánimes ni imbéciles, sino a hombres más o menos crédulos, algo ingenuos quizá, pero capaces de pasar, si era necesario, la afilada hoja de un cuchillo por cualquier garganta que lo mereciese. Si Joe Douglas era la muestra, las cosas se iban poniendo mal, puesto que quedaba demostrado que cualquier hombre puede aprender, si las circunstancias así lo exigen, a matar fríamente… y a sacar partido de la muerte.

—Joe, los Carroll están junto a la borda —susurró Lehman.

—¿Son ellos, Mllton? Piensa que…

—Te digo que son ellos, maldita sea. Estoy hecho polvo y a punto de desvanecerme… Pero no estoy ciego ni veo visiones.

—Está bien. Póngase junto a la borda, Zukanov. Que le vean bien sus amigos.

León Zukanov obedeció. Al mismo tiempo, Joe colocaba a Gerta Zukanov junto a su hermano, manteniéndola erguida en lo posible, sosteniéndola con una mano que, pasando por la espalda del cadáver de la mujer, subía hasta la nuca y sujetaba firme y en alto la cabeza femenina.

Esta vez eran los rusos quienes navegaban en un balandro. Mirando continuamente hacia allá, Milton Lehman fue transmitiendo los movimientos que captaba:

—Los han hecho subir a la borda, Joe…, y están votando un bote pequeño… Deben recordar que Zukanov está herido y vienen a por él… ¡Dennis y Nancy han saltado al agua!

Esto lo estaba viendo perfectamente Joe Douglas, puesto que la distancia entre ambas embarcaciones ni siquiera llegaba a las cien yardas.

—Dermis y Nancy están nadando hacia aquí… Ha saltado un hombre al bote…, toma los remos…, empieza a remar hacia aquí… Nancy y Dennis nadan bien…, de momento van por delante del bote. Ahora, el hombre que maneja los remos está apretando la marcha…

—¡Pete, en marcha hacia los Carroll! ¡Y empieza ya a virar!

—¡Okay!

La lancha se puso en movimiento, directa hacia donde estaban nadando los hermanos Carroll. Joe miró a Rob y le hizo una seña; inmediatamente, Rob lanzó una escala de cuerda tipo desembarco playero por el costado de la lancha que quedaría junto a los Carroll cuando la embarcación pasase junto a ellos. A seguido, Rob comenzó a descolgarse por la escala múltiple, descalzo y sólo con pantalones, que había subido casi hasta las rodillas.

—Salte, Zukanov.

León Zukanov pareció no comprender bien.

—¿Que salte?… ¡Tengo que esperar ese bote, usted sabe que no podría nadar, estoy mal, tengo fiebre…!

—Salte.

—¡Tengo que esperar el bote! ¡De otro modo iba a ahogarme…!

—Por última vez, Zukanov: salte.

—¡Esto es un asesinato…!

Joe C. Douglas sonrió fieramente.

—¿Y qué fueron las muertes de Rene y Henry? ¡Le he dicho que salte!

Se inclinó, asió los pies de León Zukanov y alzó al ruso con fuerte impulso, por encima de la borda. Zukanov se revolvió en el aire, intentando aferrarse a cualquier lugar, pero sólo halló el vacío…

—¡No podré nad…!

Su cuerpo se hundió sonoramente en el agua, cuando el bote estaba todavía a más de cuarenta yardas. No apareció en la superficie. Seguidamente, Joe Douglas alzó a Gerta Zukanov en sus brazos, hasta que éstos descansaron un segundo en la borda.

—Siempre hay quien pierde y quien gana, Gerta Zukanov. Esta vez te ha tocado perder…, y el mar es una tumba tan buena como cualquier otra.

Movió los brazos y el cadáver de la muchacha rusa saltó hacia el

agua. Otro chapoteo, y luego el agua juntándose nuevamente, como si nada hubiese ocurrido, aceptándolo todo, absorbiéndolo todo…

—¡Joe, baja aquí…!

Joe Douglas se descolgó rápidamente por la escala múltiple. Vio fugazmente a Dennis Carroll, sosteniéndose con dificultad en las cuerdas. Le agarró por una muñeca y tiró de él hacia arriba, hasta que Milton Lehman crispó su mano en la del agente del
F. B. I.,
finalmente rescatado.

Luego, bajó más. Nancy Carroll era arrastrada por el agua en sentido inverso a la marcha de la lancha, y Rob, sosteniéndola por un brazo y agarrándose con la otra mano a las cuerdas, parecía estar en apuros. Rob descendió más, hasta que sus pies también entraron en contacto con el agua. Entonces, con una mano se sostuvo en las cuerdas y pasó el otro brazo por la cintura de la auténtica Nancy Carroll.

Y entonces, esta vez de verdad, Joe C. Douglas vio los más hermosos ojos de mujer, color violeta y verde, como un juego extraño de colores y luces, fijos en él…, ansiosamente fijos en él.

—Nena —sonrió—, ya todo va bien. Tranquila. Aquí está Joe, que es capaz de arreglarlo todo…

Una sección de agua verdiazul los inundó a los dos, con tremenda fuerza. Pero cuando el agua regresó al mar, Joe y Nancy continuaban allá, aferrados a las cuerdas.

Y poco después los dos caían sobre cubierta. Joe no tuvo tiempo de nada, porque Lehman lo llamó perentoriamente:

—Ven a ver esto, Joe.

Se acercó a Lehman y aceptó los prismáticos, que enfocó hacia el lugar conveniente. Vio el bote lanzado al agua por los rusos. El hombre que manejaba los remos imprimía a la embarcación un continuo giro de espera, mirando el agua con toda atención.

Pero nadie subía a la superficie…

Nadie volvería ya a la superficie.

—León Zukanov se ha ahogado, no ha podido mantenerse a flote con aquella herida; la fiebre, la debilidad…

Joe Douglas apartó los prismáticos de su rostro.

—Esto será un aviso para ellos, Mllton. La próxima vez que organicemos una operación «Juego Limpio» procurarán portarse

mejor. Hasta entonces, esta lección va a darles en qué pensar.

—También nosotros hemos aprendido algo.

—Así ha de ser.

La lancha se alejaba de allí a toda marcha. Joe se volvió, se apoyó en la borda y miró a los hermanos Carroll.

—Hola —sonrió—. No me digan que ustedes se llaman de verdad Nancy y Dennis Carroll.

Éstos, jadeantes sobre la cubierta, miraron a Mllton Lehman. Y cuando vieron la sonrisa de éste, comprendieron que todo iba ya realmente bien para ellos.

—Yo… yo soy Dennis Carroll y ella es… mi hermana, Nancy.

Joe Douglas miró los extraordinarios ojos de la muchacha, sus esbeltas piernas, su fina cintura, su erguido busto…

—Caramba… Me alegro de conoceros, chicos.

Este es el Final

La lancha atracó suavemente en el puerto de Palma de Mallorca. Y apenas se había detenido, cuando dos hombres altos y atléticos, muy bronceados, ataviados con «*shorts*» y camisas veraniegas, se acercaron allá y saltaron a bordo.

—Hola —sonrió uno de ellos—. ¿Alguno de ustedes se llama Joe Douglas?

—¿De parte de quién? —inquirió Joe.

—Oh, de un tipo cochino llamado Paul Nepote, que tiene una emisora en Niza.

Joe sonrió. Tendió la mano a los dos hombres y se dio a conocer como Joe Douglas.

—Okay —dijo uno de ellos—. Estás de suerte, compañero. Tienes que regresar a casa. ¿Lehman?

—Yo.

—¿Dennis Carroll?

—Yo.

—¿Nancy Carroll?

—Yo.

—¡Fiuuu…! Maldita sea, podían haber dado órdenes para que usted se quedase, bombón. Bien, aquí está todo. A las diez de la noche sale un avión Madrid Nueva York, desde Son San Juan. No han de dejarlo escapar. ¿Pete Harpole?

—Yo.

—¿Rob Leonard?

—Yo.

El agente del

F. B. I.
en territorio español miré conmiseratívamente a Rob.

—Mala suerte, chico. Tendrás que ocupar el lugar que deja vacante Joe en Niza hasta nuevas órdenes. Paul Nepote está recibiendo instrucciones para la reorganización en Francia. Muy bien, no hay más que hablar. Buena suerte.

Joe Douglas se volvió hacia sus compañeros. Se estrecharon las manos en silencio, mirándose a los ojos. La separación no Importaba gran cosa. Siempre serían amigos y, sobre todo, compañeros en el
F. B. I.,
al cual servirían allá donde mejor pudiesen prestar sus respectivas capacidades.

Los Carroll, Lehman y Joe subieron al muelle. Joe se volvió y saludó con la mano a sus amigos. La lancha se puso en marcha… y pronto se perdió de vista.

Cuando se volvió hacia los demás, se dio cuenta de que le miraban comprensivamente, con simpatía.

Pero Joe C. Douglas no era hombre que se dejase dominar demasiado por sentimentalismos.

Acarició la barbilla a Nancy Carroll y propuso:

—Muy bien, nena. ¿Qué tal si tú y yo empezamos a acostumbrarnos a cenar juntos?

Ella dijo que sí, sonriendo con sus hermosos labios, con sus bonitos y extraordinarios ojos… Pero Joe no la oyó demasiado bien, porque su mirada estaba de nuevo fija, con gran nostalgia, en la lancha que se alejaba hacia aquellos lugares donde había trabajado seis años de su vida para, al final, de un modo u otro, salir con bien de aquella operación malamente llamada «Juego Limpio»…

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…

Notas

[1] S. N. C. F. son las siglas de la Sociedad Nacional de Ferrocarriles Franceses. <<

[2] Gaviota, en francés. < <